



SS

**SERVICIO
SECRETO**

MIKKY ROBERTS

INTRIGA DIABOLICA

MIKKY ROBERTS

INTRIGA DIABOLICA

1.^a EDICIÓN
JULIO - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 7.455 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1961

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1961

N. R. 2088/61

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

554 — Un revólver de oro. 623 — Trece muertos. 676 — Llegó con la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

435 — Negocio en quiebra. 541 — Belleza para morir. 563 — Muerte en tus brazos.

En Colección BUFALO:

293 — Soplo de muerte. 296 — Plomo anónimo. 395 — Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

193 — Furia de héroes. 204 — El camino del oro. 234 — Agente Pinkerton.

En Colección TEXAS:

233 — Manos de pistolero. 238 — Fuego y pólvora. 246 — La Ley ha muerto.

En Colección COLORADO:

93 — Mi medicina es el "Colt". 107 — Río Diablo. 129 — Tras las huellas del muerto.

En Colección KANSAS:

117 — La dama del tren. 126 — Juego sangriento. 137 — La viuda negra.

En Colección ASES DEL OESTE:

41 — Un caballero del Sur.

En Colección BRAVO OESTE:

5 — La caricia del cáñamo. 15 — El peor hombre de Kansas.



CAPÍTULO PRIMERO

Levantó el dedo del pulsador y aguardó unos segundos. La puerta se abrió y una mejicana morena, de contornos plenos, ojos abrasadores y blusa blanca de amplio escote que mostraba hasta los hombros, le observó durante unos instantes. Era como el tequila: abrasadora, áspera y bravía. Alex Barrow sonrió:

—Busco a Dean Wagner.

La mejicana sacudió los negros cabellos.

—No vive aquí ese señor.

—Sé que su apartamento es el contiguo, pero nadie responde; y quizá usted...

—¿No ha preguntado al portero?

—No estaba cuando llegué, así que no pude consultarle.

Alex notó que los ojos de la mujer le escrutaban con descaro, tasándolo de un modo que no parecía normal en una mujer. Los oscuros ojos femeninos recorrieron la anchura de sus hombros, el rostro atezado y duro, la cintura fina y las estrechas caderas, para acabar en las largas piernas.

—¿Era usted amigo de Dean Wagner?

—No; la verdad es que... —el recién llegado arqueó una ceja—: ¿Ha utilizado usted pasado?

—Dean Wagner ha muerto.

—Alex Barrow vaciló un instante.

—¿Dice que... ha muerto?

—Sí.

—No esperaba esta noticia.

—Posiblemente él tampoco esperaba morir destrozado.

—¿Destrozado? —Alex se pasó una mano por las mejillas—. Veo que

ignoro demasiadas cosas que usted sabe a la perfección, señorita...

—Marta Durango; los amigos me llaman Martita.

—El mío es Alex Barrow, y soy agente de seguros.

La mejicana se hizo a un lado; pareció que toda su piel se estremecía.

—¿No quiere pasar? Le prepararé un refresco al estilo de mi tierra.

El muchacho sonrió.

—Es maravilloso encontrarse con personas como usted. Hoy creo en la bondad humana.

Se encontró en un apartamento decorado con gusto, y muy confortable. Había un amplio diván, varios sillones, una cómoda inglesa, una pequeña biblioteca, varias lámparas distribuidas en mesitas, y un aparato de televisión. En cuanto avanzó dos pasos sobre la recia alfombra, notó el aire acondicionado, y se volvió hacia su anfitriona.

—Vive usted en un palacio.

—Esto es solo la antesala.

—¿De qué?

—De mi futuro. He venido a Los Ángeles para trabajar en Hollywood.

—¿Una estrella?

—Todavía no; pero lo seré.

—¿Para qué productora ha firmado?

Se dio cuenta por primera vez de que ella estaba descalza, como una muchacha rústica de cualquier hacienda mejicana. Pero no había en ella nada de la ingenuidad que podría esperarse en una mujer criada en el interior del país. Todo su aspecto era estudiado y tendía a un fin. Martita se dejó caer en el diván, y su falda ondeó. Luego recogió los pies y se sentó sobre ellos, en postura premeditada.

—Todavía no he firmado. Estoy esperando mi oportunidad.

—No creo que le falte.

—Quizá usted pueda ayudarme.

Alex se sentó también en el diván.

—Me gustaría.

—Ustedes, los agentes de seguros, tratan a numerosas personas; y no me cabe duda de que ha hecho alguna póliza a gente del cine. ¿Me equivoco?

—No.

—¿Lo ve? Solo necesito una oportunidad. Lo demás lo solucionaré yo.

—Es usted una mujer que sabe ir directamente a lo que le interesa, Martita.

—Me gusta el cine —declaró sencillamente.

—Tiene sus peligros para una mujer bonita como usted.

—¿Me considera bonita?

—Demasiado.

—¿Por qué demasiado?

—Nadie creerá jamás que usted tiene talento.

—¿Para qué sirve el talento?

—Es el tesoro de lasfeas.

—Quizá sea una ofensa, pero suena como un piropro.

—Lo es. ¿Hace mucho que está en Los Ángeles?

—Un par de meses.

—¿Y no ha llegado a Hollywood todavía?

—Cuesta bastante.

—¿Qué hacía usted en Méjico?

—Actué en algunas salas de fiestas, pero no tuve demasiado tiempo.

Soy muy joven, y carezco de toda experiencia.

La miró a los ojos. No; aquello último que había dicho no era cierto.

Saltó del diván y dio un giro sobre sí misma. La falda se levantó unos centímetros; y las piernas de Martita se mostraron, firmes y rectas como columnas.

—¿Qué edad me calcula?

—Si respondo a esa pregunta, me granjearé su enemistad.

—¿Por qué?

—Si acierto, pecaré de poco galante; si digo menos, pareceré estúpido; y si le aumentase la edad, resultaría grosero.

Ella rio.

—He cumplido veinte.

Alex se incorporó también.

—Una edad hermosa para el amor.

Martita volvió a reír, mostrando su morena garganta.

—Le prepararé ese refresco.

Desapareció airoosamente por una puerta que conducía a la cocina. Alex la vio marchar, cimbreada la fina cintura, y fue tras ella.

Empujó la puerta y entró en la cocina. Martita vertía un líquido en altos vasos con hielo, y añadía frutas.

—Dean Wagner estaba metido en el mundo del cine, Martita —dijo. Ella se volvió en redondo, sorprendida, al oír inesperadamente su voz—. ¿No le ayudó él?

La mejicana dejó asomar a sus ojos un brillo de cólera, que se desvaneció.

—Dijo que lo haría, pero...

—Continúe.

—Murió; ya se lo he dicho.

—Pero ustedes eran buenos amigos.

—¿De dónde saca eso?

—Pienso que debió ser así.

Ella puso los dos vasos sobre una bandeja y fue al encuentro del muchacho.

—Beba; eso le aliviará el calor.

Tomó él uno, y rozó los dedos femeninos. Estaban fríos, pero aquella

frialdad era solo epidérmica. Debajo había fuego.

—Usted conoció a Dean Wagner. Dígame cómo era.

—¿Por qué hablar de él?

—No puedo olvidar que tengo un trabajo que cumplir.

—¿Siempre es tan galante?

Pasó de largo, evidentemente enfadada. Alex dejó el vaso sobre una mesa de mármol y se aproximó a la mejicana, que le volvía la espalda.

Le puso las manos en la cintura. Estaba tensa, y no se movió. Lentamente, la hizo volverse. Alex se inclinó y besó los labios de la mejicana, sintiéndose envuelto en el suave y enervante perfume que emanaba de su piel.

Martita se apartó al fin, y cogió el vaso que había dejado. Caminó hasta la ventana, parcialmente oculta por una persiana regulable; y fingió mirar al exterior. Alex bebió parte del contenido del vaso, notando que el frío líquido le abrasaba conforme descendía a su estómago. Era una curiosa mezcla de temperaturas, elaborada por un cerebro refinado.

Ella dijo al fin:

—Estoy muy ocupada, señor Barrow.

Era la despedida.

Alex bebió el resto del refresco y se acercó a la mujer, pero sus pasos la hicieron volverse. Estaba como protegida por un muro impalpable.

—¿Desea algo más?

—¿No podemos ser amigos?

—No hay ninguna razón para ello. No debe usted forjarse falsas ideas.

—He sido un estúpido; pero estoy dispuesto a rectificar.

—Dentro de media hora tengo una cita profesional, y debo cambiarme de ropa.

Recogió Alex el sombrero y se encaminó a la puerta.

—Le deseo mucha suerte.

Salió, y aprovechó un ascensor que descendía para bajar al vestíbulo del edificio. El portero estaba en su garita de cristal, leyendo un periódico. Alex empujó la puerta que separaba la portería del resto del *hall*.

—Venía a visitar al señor Dean Wagner.

—Ha muerto.

—Lo sé; acabo de enterarme, y desearía conocer más detalles de su fallecimiento. Pertenezco a una compañía de seguros, y podemos indemnizarle por el tiempo que pierda conmigo.

El portero dejó a un lado el periódico y señaló una silla, amablemente.

—Puede sentarse.

Dentro de su uniforme azul, aquel hombre se había humanizado a la vista de una recompensa.

—¿En qué puedo servirle?

—¿Cómo murió el señor Wagner?

—Atropellado.

—¿Cómo fue?

—Ocurrió en Los Álamos Street. El señor Wagner iba a cruzar la calzada cuando un taxi se precipitó sobre él a una velocidad endiablada. Le arrolló, y siguió su carrera sin detenerse. La muerte fue instantánea, y el pobre señor Wagner quedó deshecho.

—¿Usted le vio?

—La policía me llamó para su identificación. Le aseguro que no dormí aquella noche.

—¿Estaba muy desfigurado?

—Por completo. Una de las ruedas debió pasar por encima de su rostro.

—¿En qué se basó para identificarle?

—Tengo buena vista y mejor memoria. Puedo conocer a una persona por la configuración de su cuerpo y por su volumen sin necesidad de mirarle el rostro. Además, llevaba en el meñique de la mano derecha un solitario, un precioso brillante que yo le veía a diario, y usaba unos zapatos especiales porque tenía una pierna ligeramente más corta que la otra; era muy poco; quizá medio centímetro, pero suficiente para ser notado por un tipo tan observador como yo.

—Con esos datos, no le resultó difícil identificar al señor Wagner.

—Oh, no. ¡Pobre señor Wagner!

—¿Cuándo sucedió?

—Hoy hace una semana.

—¿No han capturado al chofer del taxi?

—Era de noche, y Los Álamos Street es una calle solitaria a esas horas. Además, está muy mal iluminada. Hubo un solo testigo, que vio el atropello desde un centenar de metros, pero no sabe más.

—¿Y la policía?

—Imagino que habrá dado carpetazo al asunto. Nadie vio la matrícula del taxi.

—¿Tenía familiares el señor Wagner?

—No, que yo sepa.

—¿Y amistades?

—¿Qué clase de amistades?

—Femeninas, por ejemplo.

El portero movió la cabeza de un lado a otro.

—El señor Wagner sabía vivir. Tenía algo especial para las mujeres. Más de una y más de dos habrán lamentado su muerte.

—¿Nombres?

Vaciló el empleado.

—No sé qué uso pensará dar a mis palabras...

—Es todo confidencial. Tengo que hacer un informe para mí Compañía con objeto de completar un expediente.

—Muchas vinieron a su apartamento; era libre de hacerlo.

—Pero usted conoce sus nombres.

El portero negó.

—Lo siento; las reconocería si las viera, pero nunca tuve oportunidad de conocer nada acerca de ellas. Solo puedo decirle que eran... de marca.

Sus ojos brillaron de un modo especial.

Alex se incorporó.

—Gracias de todas formas. No es mucho lo que me ha dicho.

—Aguarde —el portero tuvo un súbito atisbo de memoria—. Puedo darle un nombre, pero es tan confidencial que jamás prestaré testimonio sobre él. Negaré habérselo dicho, y...

—No pienso utilizarlo judicialmente, compéndalo.

—En ese caso... —carraspeó—. Hay una vecina, Marta Durango; una mejicana que... —hizo un gesto significativo con las manos—. Usted me comprende, ¿no? Fueron muy amigos. Yo soy un portero; dese cuenta de ello, no un vigilante de la moral ajena. Allá los vecinos con sus vidas privadas. Mi oficio consiste en estar aquí y responder a las preguntas de los que vienen.

Alex sacó un rollo de billetes y tendió uno de diez.

—Agradecido.

Salió a la calle y se detuvo en el bordillo de la acera hasta que vio aproximarse un taxi, al que llamó.

Era un coche último modelo, pintado de amarillo, y una vez dentro de él preguntó:

—Si yo deseara saber algo relativo a un taxi, ¿a quién debo dirigirme?

El conductor se volvió sobre el asiento delantero.

—¿Qué es lo que desea saber?

—Hubo un accidente, y me gustaría averiguar cuál era el taxi que se vio implicado en él.

El taxista ladeó la cabeza.

—¿Detective?

Alex sonrió.

—Simplemente agente de seguros.

—¡Oh! —Había indiferencia en el rostro del chofer—. No se preocupe. La Compañía que aseguró al taxi ya se pondrá en contacto con la que usted representa.

El muchacho inclinó el torso hacia adelante.

—Eso no responde a mí pregunta.

Su interlocutor apretó los labios.

—Todos trabajamos para una compañía, que tiene su sede en North Shore Drive. Si quiere, le conduciré a ella.

—Es una buena idea.

El coche arrancó, y durante todo el trayecto no volvieron a pronunciar palabra. Al fin de una larga carrera, el taxi se detuvo ante un amplio garaje, del que salían continuamente taxis, y al que entraban procedentes de todos los puntos de la ciudad.

—Aquí es; las oficinas están en piso primero.

El muchacho abonó el importe del viaje y, siguiendo la indicación de un rótulo, subió una escalera hasta encontrarse ante una puerta encristalada.

Dentro había unos veinte empleados trabajando afanosamente ante sus máquinas de escribir. El ruido era ensordecedor. Sin vacilar, se dirigió a un ordenanza que ocupaba una pequeña mesa cerca de la entrada.

—Desearía hablar con el gerente.

—Deme su tarjeta y le anunciaré; aunque imagino que no le recibirá. No suele hacerlo nunca; para eso tiene a su empleados.

—Dígale que se refiere a un accidente mortal.

El ordenanza desapareció por otra puerta de cristales, y unos minutos después apareció de nuevo y le hizo una señal.

—Le aguarda.

Cruzó una salita y vio una puerta cerrada, en la que había un rótulo dorado:

J. AVEDON

Gerente

Llamó con los nudillos y acto seguido entró. Avedon era un hombre alto, de espaldas algo encorvadas y cabellos grises cortados en forma de cepillo. Grandes bolsas bajo sus ojos le conferían un aspecto soñoliento, que el fulgor de su mirada desmentía.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó, áspero, dando vueltas a la tarjeta de visita de Alex—. Debo advertirle que rara vez recibo a los representantes de las Compañías aseguradoras.

—Le agradezco el honor que me hace —dijo burlonamente Alex.

—¿Y bien? ¿De qué accidente se trata?

—Uno ocurrido hoy hace una semana. La víctima fue Dean Wagner, y ocurrió en Los Álamos Street. El taxi se dio a la fuga.

—¿Otra vez ese asunto?

—¿Qué ocurre con él?

—Ya comunicamos a la Policía cuanto sabíamos al respecto.

—Yo no soy la policía.

—Eso es evidente, amigo mío. ¿Qué interés tiene usted en este caso?

—Uno muy natural: He venido de Nueva York para entrevistarme con el señor Wagner a propósito de una póliza de seguro, y me encuentro con la sorpresa de que falleció en accidente hace una semana. Un accidente muy peculiar, por lo que he podido saber. Es más bien un homicidio; ¿no cree?

—Señor Barrow —Avedon estaba molesto—, si quiere informes pídales a la Policía.

—Eso no beneficia en absoluto a la Compañía que usted dirige.

—¿Tiene el atrevimiento de decirme lo que está bien y lo que está mal?

—No; vine para encontrar colaboración, y me encuentro con un trato

nada amistoso. Eso me hace pensar en un sentimiento de culpabilidad.

Se incorporó y miró fijo al gerente.

—Buenos días.

Avedon no le dejó volverse.

—Aguarde. Este es un asunto que me ha irritado mucho. La Policía me ha molestado demasiadas veces, y siempre hemos dado la misma versión. Un taxi nuestro, efectivamente, arrolló y mató a Dean Wagner, dándose a la fuga, pero no iba conducido por ninguno de nuestros chóferes.

—¿No?

—Quizá dude, pero tenemos pruebas. Alguien subió a uno de nuestros taxis aquella noche, el chofer fue a volverse para preguntar la dirección y en ese momento recibió un golpe en la cabeza con una bolsa llena de arena y perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, se encontró en un callejón maloliente, tendido en el suelo. Inmediatamente pensó que le habían desvalijado, pero no tardó en comprobar que no le faltaba ni un dólar. Como pudo, llegó a un bar y allí pidió auxilio. Telefonaron a la oficina de guardia de esta Compañía, y el taxista dio cuenta de que le había sido robado el taxi. Desde aquí se avisó a la Policía, y la denuncia llegó justamente cuando la Policía empezaba a buscar un taxi asesino. En el bar, todos pudieron comprobar que nuestro conductor tenía una herida en la cabeza, y nuestro médico certificó que el taxista habría estado inconsciente de una a dos horas. Todo muy claro, señor Barrow; tenemos pruebas.

Alex volvió a su asiento.

—No he dudado nunca de ustedes, señor Avedon. Yo solo pedía informes —hizo una pausa y luego quiso saber—: El chofer no vio al que le golpeó, ¿verdad?

—No. Le atacaron con gran rapidez.

—Es curioso. ¿Han encontrado el taxi?

—Aquella misma noche fue hallado en una calleja de la parte sur.

—¿Todo intacto?

—No faltaba ni una herramienta. Solo el diablo sabe para qué querían el coche. Ni siquiera se molestaron en quitar la arena que se desprendió de la bolsa con que golpearon a nuestro chofer, y que debió romperse con el impacto.

—¿Cuál ha sido la respuesta de la Policía?

—Está investigando, pero sin resultado. Nadie vio a los ocupantes o al ocupante de nuestro taxi. ¿Algo más, señor Barrow?

Alex recobró su sombrero.

—No; creo que con esto ya es bastante. Únicamente...

—¿Qué?

Quizá podría obtener algo más del conductor.

Avedon se incorporó y rodeó el escritorio.

—Él no podrá decirle nada más. Yo me ocupé de interrogarle a fondo, y eso es cuanto sabe. Además, está dado de baja.

Alex se encogió de hombros.

—Bien, es lo mismo. Le estoy muy agradecido.

Barrow caminó por la acera en dirección al centro de la ciudad. El sol llegaba a su cénit, señalando el mediodía, y el tráfico había llegado a su momento culminante; pero no era la ciudad lo que deseaba ver en su paseo. Solo trataba de reflexionar sobre todo lo ocurrido y ver de hallar algún significado lógico en aquellos hechos aparentemente inconexos.

Siete días antes Dean Wagner había sido atropellado al cruzar una calle oscura. Pareció un accidente, pero quizá no lo fuese. El que conducía aquel taxi lo había robado previamente, asaltando a su conductor. La consecuencia que se podía obtener de aquellos dos hechos era bien significativa, y no le parecía probable que a la Policía se le hubiera escapado.

Vio una parada de taxis y cruzó la calle por un paso de peatones. Al llegar a la parada se detuvo, encendió un cigarrillo y entró en el primer vehículo.

Cuando ocupó su asiento, miró en la agenda del bolsillo la dirección a la que deseaba ser conducido.

Se recostó en el asiento, pensando que la muerte de Dean Wagner no había sido debida a un accidente ni a un homicidio involuntario.

Aquello tenía todas las trazas de un asesinato cuidadosamente planeado.

CAPÍTULO II

La agencia de publicidad “Eco” estaba situada en el piso séptimo de un moderno edificio de acero y cristal. En la oficina para el público había tres mecanógrafas y una jefe de sección llamada Lydia Clark, según leyó Alex en el rótulo situado sobre la mesa de la hermosa muchacha. Parecía eficiente, además de bonita. Usaba un vestido malva, muy ceñido y sin mangas, que hacía un curioso contraste con el cabello platino.

Cuando se detuvo ante la mesa, ella alzó los párpados, dejando ver unos ojos verdes, profundos y serenos, que hicieron vacilar a Barrow.

—¿En qué puedo servirle, señor...?

Alex deslizó una tarjeta sobre la bruñida superficie del escritorio. Sin apartar su vista de él, Lydia Clark tomó la cartulina oblonga y la alzó para poder leerla:

ALEXANDER BARROW

*Inspector de la
North American Insurance C.º*

—¿En qué puedo servirle, señor Barrow?

—Mi viaje a Los Ángeles se debe a un asunto relacionado con Dean Wagner. Creo que trabajaba aquí, ¿no es verdad?

—En efecto —Lydia le devolvió la tarjeta.

—Desearía ser recibido por el director de esta agencia.

—Temo que el señor Reynolds no pueda recibirle. ¿Qué desea?

Hubo un instante de vacilación en Alex. Lydia no parecía dispuesta a colaborar, y su fría compostura profesional no daba pie a nuevas insistencias.

—Me gustaría que respondieran ustedes a algunas de mis preguntas.

—Formúlelas, y yo veré qué puede hacerse. El señor Reynolds está en estos momentos muy ocupado.

Alex dio vueltas a su sombrero.

—He sabido que Dean Wagner falleció hace unos días.

—Un terrible accidente, sí. ¿Suscribió alguna póliza con la Compañía que usted representa?

—No; yo tenía intención de convencerle para que contratara una, pero...

—Creo que ya no la necesita.

—En efecto. Más no era ese el único motivo de mi viaje. La central de Nueva York me encargó que girara una visita de inspección a las delegaciones de la región Oeste, y al mismo tiempo recibí instrucciones para recoger de manos del señor Wagner un cuestionario que no nos había

devuelto después de cobrado el seguro de que era beneficiario.

—¿Cobró un seguro?

—De doscientos mil dólares, a la muerte de un tío suyo.

—No sabíamos nada de ese seguro. ¡Dean convertido en un potentado!

—Una bonita cantidad, ¿no es cierto? Se la entregamos en Nueva York, a primeros de este mes, es decir, hace veinticinco días. Le dimos un cuestionario para que lo rellenase, con fines administrativos, y prometió devolvérselo inmediatamente, pero no lo ha hecho y yo debía recogerlo.

—Va a resultarle difícil hacerlo ahora.

—Eso pienso, aunque es muy posible que pueda encontrarlo todavía. Ese es el motivo de mi visita, señorita Clark. ¿No guardan ustedes los efectos personales de Dean Wagner? Él tendría aquí un despacho o una mesa, y quizá se encuentre ahí ese cuestionario.

Lydia movió la cabeza, y la luz que penetraba por una ventana destelló sobre sus cabellos.

—No hay nada. Lo que pertenecía a la agencia es lo único que queda; porque el resto, es decir, lo estrictamente personal, se lo llevó la Policía.

—¿La Policía?

—Sí; como material de la encuesta judicial.

—Entiendo.

—Lo lamento mucho, señor Barrow.

Alex movió la cabeza afirmativamente.

—Ha sido muy amable, señorita Clark. Solo una pregunta más. ¿Sabe quién es el heredero del señor Wagner?

Lydia se incorporó y todo su cuerpo quedó a la vista de Alex. Era una figura firme, juvenil, pero equilibrada. Había una gran vitalidad en aquella mujer, una pujanza que ella intentaba inútilmente contener.

—Dean no tenía a nadie en este mundo, ni tampoco nada que legar a sus posibles herederos, como no fueran trampas.

—Pero, esos doscientos mil...

—¿Quién sabe dónde están? La vida de Dean no se caracterizó nunca por su regularidad. Le gustaba mucho vivir, y...

—¿Quiere decir que tenía demasiadas aventuras sentimentales?

—Bueno; ese es un nombre.

—Pero no es posible, ni aunque fuera un Casanova, “quemar” doscientos mil dólares en quince días.

—Dean podía hacerlo.

Alex suspiró.

—Lástima. ¿Quién se ha hecho cargo de su apartamento y de cuanto contenía?

—La Policía también.

Barrow sonrió a la muchacha.

—¿Usted conoció bien a Dean Wagner?

—Era un compañero de trabajo. Solo eso.

—No esperaba otra cosa. ¿Podría usted hablarme de él?

—Estoy sumamente ocupada, señor Barrow. Lo siento.

Alex la miró por última vez, captando el incitante atractivo de aquella mujer que sabía controlar hasta la menor de sus emociones.

Aguardó en la calle, ante un quiosco de periódicos, y no tuvo que esperar mucho tiempo. Del edificio empezaron a salir los empleados de las distintas oficinas para dirigirse a los restaurantes. Era mediodía, y había comenzado la hora de descanso destinada al almuerzo. Alex vio la figura airoso y resuelta de Lydia Clark, saliendo entre varios hombres, con un bolso veraniego al brazo, y caminó tras ella, entrando en el mismo restaurante. La muchacha se dirigió al extremo más alejado del largo mostrador y buscó con la mirada un taburete para sentarse.

Barrow lo situó tras ella antes de que le reconociera.

—Gracias —musitó ella, indiferente; y luego, al mirarle—: ¿Usted?

—También yo atiendo a la llamada de mi estómago. ¿Puedo invitarla?

—No.

Alex alargó el brazo para coger el menú impreso.

—¿Está molesta conmigo?

—No me gusta que me sigan. ¿Qué más quiere? Le dije cuanto sabía, y lo hice con buena voluntad. Pero esta treta de usted me hace lamentar mi colaboración.

—Perdóneme. Necesitaba verla.

—¿Sí? Ahora solo falta que diga que está enamorado. El juego resultaría perfecto.

Alex la miró desolado.

—¿Está hecha de hielo? Sí, usted se ha hecho un hueco en mi corazón por propios méritos. No soy culpable en absoluto. Usted sabe que es hermosa y yo...

—Si continúa, va a estropearme el almuerzo. No soy sensible a los galanteos.

—¿Por qué?

Un camarero se aproximó, sonriente:

—¿Lo de todos los días, señorita Clark?

—Sí, por favor, y pagaré yo. Este caballero se empeña en invitarme, pero yo no lo deseo.

El camarero miró a Barrow como si fuera un gusano inesperadamente aparecido sobre un emparedado.

—¿Lo arrojo a la calle, señorita Claris? Aquí esta reservado el derecho de admisión.

Alex arrugó la frente, molesto por su tono, e hinchó el pecho. Lydia le observó, como preguntándose si valía la pena sacarlo de allí, pero optó por encogerse de hombros y responder:

—No creo que me moleste demasiado.

El camarero pareció desolado y se retiró para cumplir el encargo de la

hermosa mujer. Barrow se volvió hacia ella.

—Ha sido muy generoso por su parte.

Su voz expresaba todo su resentimiento, y Lydia sonrió, divertida.

—¿Quizá demasiado humillado?

—Usted piensa que es la reina en todas partes y que los demás somos simples súbditos.

—Se equivoca; solo aspiro a que me dejen en paz. Tengo que soportar demasiados pelmas todos los días en la oficina, para buscarme molestias extra.

El camarero volvía con un plato combinado que parecía apetitoso. Alex lo examinó y pidió otro igual para él. Lydia, al ver el gesto vacilante del camarero, corroboró:

—Sírvalo, por favor.

El *barman* no objetó nada, y Barrow plegó los labios con mal disimulada cólera.

—Una simple orden suya ha bastado para concederme el derecho a la subsistencia. Nuevamente estoy en deuda con usted.

—Bien, ahora que estamos reconciliados, ocúpese de sus asuntos y olvídense de mí.

—Seguro que sí. Me he equivocado.

El plato pedido fue puesto ante él, y en silencio dio buena cuenta de su contenido, sin mirar una sola vez a la bella empleada de la agencia de Publicidad. En dos ocasiones, notó fija en él la mirada de Lydia, pero no se dio por enterado ni se volvió, mostrando claramente su enfado. Cuando hubo terminado, encargó un café y encendió un cigarrillo.

—Le creía más galante —comentó Lydia Clark, por fin.

El paquete de cigarrillos que Alex sostenía se detuvo en su camino de vuelta al bolsillo, y el muchacho se lo ofreció, sin mirar. Ella tomó uno y lo puso en sus labios. Alex guardó el paquete sin volver una sola vez el rostro.

—¿Me da fuego?

Giró en su taburete.

—¿No puede dejarme en paz ni un solo minuto? —regañó.

Pero le brindó un fósforo encendido.

La muchacha aspiró el aromático humo y sonrió a su compañero.

—Hay en usted algo que no es fácil hallar en estos tiempos: amor propio.

Alex no comentó nada, y volvió a su taza de café. Solo al cabo de un rato, pidió:

—Hábleme de Dean Wagner.

Enarcó Lydia las altivas cejas.

—¿Otra vez él?

—Ya ve que no trato de galantearla. Mi interés por usted es puramente profesional.

—En ese caso deberá aguardar a que regrese a la oficina. Esta es mi

hora libre.

Alex estrelló su cigarrillo contra el suelo.

—¡Oh, qué difícil es usted! Todo le parece mal, todo le molesta. Está llena de caprichos.

Lydia cruzó las piernas con desenvoltura y no pareció impresionada lo más mínimo por aquella explosión de cólera.

—Continúe.

Era una burla tan evidente, que Barrow prefirió reír sonoramente.

—¿Amigos?

Lydia asintió.

—De momento, sí. ¿Continúa queriendo saber algo de Dean Wagner?

—Ese es mi propósito.

—Ya le he dicho antes cómo era: Mujeriego y desordenado.

—¿Sin familiares?

—Nadie le conoció jamás ninguno.

—¿Dejó testamento?

—¿Para distribuir las deudas entre sus amigos? No, no dejó.

—Sin embargo, era dueño de una gran cantidad de dinero.

—Cuando me lo dijo antes, me sorprendió. Ninguno de nosotros pudo sospechar que hubiera heredado tal cantidad.

—Sin embargo, la abonamos íntegra.

—No lo dudo.

—¿Qué cree que pudo hacer con ella?

—Gastarla.

—¿En tan corto espacio de tiempo?

—Tenía demasiadas grietas.

—¿Con nombre de mujer?

Lydia expelió una columna de humo por entre los rojos labios.

—Posiblemente.

Alex aproximó su taburete al de la muchacha.

—Usted sabe mucho más.

—No; no lo crea. Wagner no fue nunca persona grata para mí.

—¿Pretendió emplear en usted alguno de sus procedimientos?

—¿Quiere decir que si trató de seducirme? —Se encogió lindamente de hombros—. Era su actividad habitual; pero no, no me refiero a eso. No suelo ser asequible a tales tretas. Se debía a otra cosa, a algo que había en su forma de ser, en su mirada o en su expresión. Yo siempre decía que Dean era capaz de cualquier cosa. Pero no está bien hablar en esos términos de un difunto.

—¿A qué se dedicaba dentro de la agencia?

—Era escritor publicitario. Componía gacetillas y había redactado numerosas biografías de estrellas de Hollywood. Era un maestro en el género; ya sabe a lo que me refiero. Hollywood necesita exportar continuamente mitos y crear una atmósfera de interés en torno a sus actores

o actrices. La mayoría de ellos ha tenido un pasado vulgar y salieron de la nada gracias a un golpe de suerte que les arrancó de una vida gris. El público gusta de saber cómo era la vida de sus actores preferidos antes de trabajar para el cine, pero relatar a ese público la verdadera vida de sus ídolos sería poco publicitario, y entonces entran en acción los redactores publicitarios. Dean Wagner tenía una imaginación muy viva y creaba biografías apasionantes; totalmente falsas, por supuesto, pero que convenían en grado sumo a las estrellas y a sus agentes artísticos. Por eso sus servicios estaban bien remunerados.

—¿Tenía buenos ingresos?

—Excelentes. La agencia le pagaba bien, y cobraba mucho mejor a sus clientes de Hollywood. Wagner sabía que la economía de la agencia estaba fundamentalmente basada en su trabajo, y a veces resultaba insoportable.

—Su muerte habrá constituido un duro golpe para su jefe, ¿no?

—George Reynolds es hombre de recursos, e imagino que sabrá salir adelante.

Pidieron otro café, y mientras removía el azúcar, Alex reflexionó en cuanto le había dicho Lydia.

—Sigo sin encontrar justificación a la fuga de ese dinero.

Lydia saltó al suelo graciosamente y le sonrió.

—Quizá usted nunca ha sentido una verdadera pasión, y no sabe hasta qué punto pueden cometerse ciertas tonterías en su nombre. Lo siento, se me hace tarde y debo regresar.

Tendió su mano, que Alex sujetó entre las suyas. Era suave y cálida, y los dedos eran largos y sensitivos.

—Le deseo éxitos, señor Barrow —añadió, despidiéndose.

—Permaneceré en Los Ángeles algún tiempo todavía. ¿No podremos vernos?

—Es difícil.

—Entiendo; tiene algún compromiso.

Ella movió sus cabellos negando.

—Soy completamente libre, si es eso lo que deseaba saber. Pero no cambia las cosas.

—No somos amigos, ¿eh?

—Lo dejaré que abone mi consumición; eso le hará ver lo contrario.

El camarero, que escuchaba la conversación, se encogió de hombros, resignado a las veleidades de las mujeres. Barrow no apartó su mirada de los verdes ojos femeninos, tratando de interpretar el significado de su mirada. Pero Lydia era demasiado enigmática.

CAPÍTULO III

El teniente Martel se pasó la mano por el crespo cabello y se reclinó en el sillón basculante. Alex Barrow entrelazó los dedos bajo de la barbilla y examinó a su interlocutor, catalogándolo como un hombre eficiente y seguro de sí, capaz de llegar al fin propuesto. Tenía los ojos grises y los cabellos del mismo color, y su rostro parecía curtido por la brisa del mar.

—Usted se interesa por la muerte de Dean Wagner —dijo reposadamente.

—Así es, teniente. Ya le he explicado las razones.

—Temo que no pueda decirle gran cosa: no hay nada significativo en todo el asunto.

Alex se tomó tiempo para pensar.

—No parece usted un hombre rutinario, teniente. Apostaría algo a que nunca se fía de las evidencias.

—¿A dónde quiere ir a parar, señor Barrow?

—No le sorprenderá que le diga que antes de venir a verle pregunté a unos y a otros para enterarme de lo sucedido.

El policía miró la tarjeta de visita que le había sido entregada para anunciarle la presencia de Alex.

—Aquí se dice que usted es inspector de una Compañía de Seguros, no detective. ¿O es un nombre nuevo para no despertar recelos?

—Soy realmente un inspector. Mi fuerte es el lado legal de los seguros, pero también soy algo observador y puedo sacar por mí mismo algunas conclusiones.

—¿Cuáles ha obtenido hasta el momento?

—Pienso que Dean Wagner no murió en un vulgar accidente.

—¿No?

—Usted piensa lo mismo que yo. Lo veo en su mirada, teniente.

—Continúe, por favor.

—He sabido que un taxi atropelló al señor Wagner, y también que el taxi en cuestión no estaba conducido por su chofer habitual. Un viajero le golpeó la cabeza y lo dejó en un callejón, robándole el vehículo, con el que poco después atropelló a Wagner. ¿No le parece sospechoso?

—¿A usted sí?

—Yo me pregunto qué motivo pudo tener aquel viajero para robar el taxi.

—Casos como ese no son extraños.

—Y siempre que ocurren, puede hallarse una causa. Generalmente, los ladrones del coche se sirven de él para un atraco. ¿Hubo alguno esa noche, perpetrado desde un taxi? ¿O algún rapto?

Martel tardó en responder, pero al fin lo hizo:

—Fue una noche tranquila: el único delito de importancia fue esa muerte.

Alex dejó escapar el aire de los pintones ruidosamente.

—Parece como si el tipo que robó el taxi tuviera como único motivo el de atropellar a Wagner, ¿no es verdad?

—Así parece.

—Veo que piensa como yo.

—¿Y bien? ¿Qué nuevas deducciones ha sacado?

—Apenas nada más. Así que la Policía piensa que fue un asesinato.

Martel tabaleó sobre la mesa.

—El veredicto del juez, en la vista del suceso, fue accidente.

—En cierto modo, eso responde a mi pregunta —comentó Alex, arrellanándose en el sillón.

El Policía se incorporó entonces y paseó por su despacho.

—¿Por qué profundiza tanto en este problema, señor Barrow?

—No lo he hecho deliberadamente. Fue prácticamente circunstancial. Quise enterarme y pregunté; fue muy sencillo llegar a esa conclusión.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Esa pregunta debería formularsela yo a usted.

—Yo seguiré trabajando, aunque sea extraoficialmente. ¿Y usted?

—Dean Wagner no estaba asegurado en nuestra Compañía; por tanto, no me afecta en absoluto su muerte. Únicamente deseo encontrar el cuestionario que le entregamos, y que posiblemente habrá rellenado.

—¿Cuestionario?

—Es verdad; no se lo había dicho. Hace veinticinco días Wagner estuvo en Nueva York y cobró un seguro de doscientos mil dólares, del que era beneficiario por muerte de su tío, hermano de su padre.

—¿Doscientos mil dólares?

—Sí; le dimos un cheque. Puedo decirle el número, incluso.

Martel volvió a su mesa.

—Debía haber empezado por ahí; eso es muy importante.

Alex le dictó la numeración del cheque, y el teniente dio orden por teléfono de que fuese investigado el procedimiento de cobro del mismo.

—Según tengo entendido, Wagner falleció sin herederos.

—No tenía familia y no ha dejado testamento, lo hemos comprobado.



—*Esto es chantaje, nena*

—¿Encontraron dinero en su casa?

—Todo lo que tenía lo llevaba encima. No llegaba a cien dólares.

—He ahí un buen móvil para el crimen.

El policía volvió a su sillón.

—Escuche, eso no encaja. Cuando el taxi arrolló a Wagner no se detuvo para que su ocupante vaciara los bolsillos al cadáver. Hay un testigo que afirma vio al taxi acelerar aún más su marcha, tras el atropello.

—¿Y si el robo se había efectuado antes y Wagner, reconociendo al ladrón, acudía a su domicilio para obtener la devolución del dinero? —apuntó Barrow.

Martel reflexionó un instante.

—Puede haber sucedido así.

El silencio volvió al despacho mientras ambos hombres daban vuelta a

sus ideas. El policía quiso saber:

—¿Dice que Wagner cobró un seguro de su tío?

—Sí.

—¿Cuándo falleció?

—Unos días antes de abonarle el seguro. Telegrafiamos a Wagner la noticia, rogándole pasara por Nueva York y él llegó al día siguiente, en avión. Es curioso el destino de las personas: cuando visitó nuestras oficinas, estaba bien lejos de pensar que unas semanas después iba a tener el mismo fin que su tío.

Martel alzó la cabeza.

—¿Qué quiere decir con eso?

Alex parpadeó, calibrando el alcance de aquella pregunta y de su respuesta.

—Es cierto... ¡Qué coincidencia! Anton Wagner murió en un accidente de automóvil. Debió dormirse sobre el volante y se despistó, saliendo de la carretera y precipitándose por un precipicio. El coche ardió por completo; y con él su único ocupante, el dueño del vehículo.

—Otro accidente de automóvil.

—Es la plaga de nuestra era.

El teléfono sonó estridente, y Martel alargó la mano para descolgar el auricular.

—¿Sí? ¿Lo comprobaron...? Perfectamente, gracias. Dejó el aparato en la horquilla y miró a Barrow.

—Dean Wagner hizo efectivo el cheque en el Banco de California. Sacó todo el dinero en billetes de cien, qué guardó en una cartera de mano.

—¿Qué pensaría hacer con tanto dinero encima?

El policía se levantó.

—¿Quiere darme su dirección en Los Ángeles? Por favor, no abandone la ciudad sin notificármelo. Podría necesitar de usted. ¿Me tendrá al corriente de sus movimientos?

—Por supuesto, y voy a pedirle un favor a mí vez.

¿Quiere comprobar si entre los efectos personales que ustedes retiraron de casa de Wagner y de la agencia se encuentra el cuestionario?

—Lo haré, se lo prometo.

El teniente Martel parecía tener prisa por ponerse en acción.

CAPÍTULO IV

La voz melodiosa de Martita Durango sonó al otro lado del hilo telefónico:

—¿Quién llama?

—Soy Alex Barrow.

La mejicana pareció ponerse a la defensiva.

—¿Qué desea?

—He estado ocupándome en su asunto, Martita.

—¿Qué asunto?

—Hablé con un amigo de una productora. Le dije que conocía a una chica muy linda, interesada en el cine, y se mostró encantado de conocerla.

Martita respiró con más intensidad al saber la noticia.

—¡Oh! ¿Usted ha hecho eso por mí?

—Se lo prometí, ¿no?

—He aprendido a no confiar demasiado en las promesas masculinas. Perdóneme si al principio no fui más cordial.

—Olvidelo. ¿Está satisfecha?

—¿Cómo se lo demostraría?

—Es bien sencillo; pasaré a recogerla dentro de una hora. ¿Cree que tendrá tiempo suficiente para vestirse? Cenaremos en “Babilonia”, y mi amigo acudirá con tiempo justo para tomar una copa de champaña. Todo eso, claro está, si no tiene otro compromiso.

—Dejaría cualquiera por aceptar el de usted.

—Esmérese en el maquillaje. Ha de causar buena impresión.

—Lo haré; sí, Alex. No olvidaré lo que ha hecho por mí. Un beso, querido.

Colgó. Martita conocía el secreto de meterse en el corazón de un hombre. Alex se la imaginó tendida en el diván de su apartamento, lánguida y perezosa como una gata llena de caprichos; y también le parecía verla dando saltos alegres ante la perspectiva de ser sometida a una prueba cinematográfica.

Volvió el teléfono a la horquilla y se encaminó al cuarto de baño. Él también tenía que cambiarse de ropa.

Una hora después, con un *smoking* azul, entraba en el portal del edificio donde vivía Martita. El portero estaba fuera de su casilla de cristal y fue a su encuentro.

—¿Puedo servirle en algo?

—Creo que no. Vengo de visita.

El rostro del portero reflejó su pensamiento.

—La encontrará en su apartamento. No ha salido en toda la tarde.

—Es usted un hombre sagaz. ¿Cuál es su nombre?

—Clemson, señor.

—Bien, Clemson; hábleme de la señorita Durango. Su interlocutor movió la cabeza a uno y otro lado.

—¿Qué puedo decirle a un hombre vestido de *smoking* que viene a buscarla? Estropearía un romance.

Esto no es un romance, Clemson, y usted sabe responder muy bien a mis preguntas.

—Sin duda porque usted conoce el arte de formularlas correctamente.

Alex comprendió y puso en la mano del portero un billete de diez dólares, que este hizo desaparecer en un instante.

—Ya le dije que el difunto señor Wagner pareció muy interesado por ella.

—¿Alguien más?

—Aquí, no. Nunca ha recibido visitas. Lo del señor Wagner fue distinto; ya sabe, eran vecinos.

—¿Es todo cuanto puede decirme?

—Lo siento, señor. Ella sale mucho. A veces regresa muy tarde, a veces no regresa. Vive sola, no trabaja; y en este edificio los apartamentos valen demasiado.

—Recibe dinero de su familia de Méjico.

—Es una buena explicación. Sabe que me tiene a sus órdenes, señor. ¿Puedo ofrecerle una llave de la puerta de la calle?

—No. Imagino que la señorita tiene una.

—Sí —parecía resentido.

—Es suficiente.

En el ascensor subió al departamento de Martita, y en cuanto llamó le fue abierta la puerta.

Martita estaba dentro de un vestido rojo tan atrevido, que necesariamente centraría en ella todas las miradas donde estuviera. Sin embargo, no parecía excesivo ni de mal gusto. Le brillaban los ojos con una luz especial, como si hubiera bebido para entonarse.

La tuvo entre sus brazos antes de pensar en ello.

—¡Querido! ¡Qué bien te has portado...!

Los rojos labios le alcanzaron por sorpresa, bajo el mismo umbral, y Alex percibió por un instante la salvaje vitalidad de aquella mujer impulsiva.

—Está bien, nena. Vas a desmaquillarte —la apartó y cerró la puerta.

—Estaba aguardándote para que me corrieras el cierre relámpago. No puedo hacerlo sin ayuda.

Se volvió de espaldas, mostrándole el abierto vestido hasta la cintura. La piel morena era suavísima y tenía un tono tostado natural. Subió el cierre, y ella giró en un paso de danza.

—Me veo ya en la cumbre, Alex. ¿Crees que tu amigo se ocupará de

mí?

—Estoy seguro de que te hará una prueba. Me debe algunos favores... y tú vales.

—¡Oh, querido...!

Volvió a echarle los brazos al cuello, pero el muchacho la sujetó por la cintura, manteniéndola a distancia.

—Has bebido, ¿verdad?

—Un poco de tequila. Siempre lo hago para ponerme a tono.

—Cuida con eso, nena.

—¡Oh! —rio, apartándose—. Nunca pierdo la cabeza.

—Es una buena cualidad.

—¿Una copa?

—No. Vamos, si estás dispuesta.

La ayudó a ponerse un abrigo de raso negro; y una vez en el taxi, guardaron silencio, mientras el vehículo les trasladaba al restaurante. De noche, Los Ángeles cobraba un aspecto misterioso y precipitado. Apenas se veían peatones y, sin embargo, las calzadas eran un incontenible río de coches lanzados a gran velocidad, como si participaran en una gigantesca carrera. Las enormes distancias de la ciudad más extensa del mundo obligaban a ese ordenamiento del tráfico, que parecía regulado por una mente desequilibrada.

La entrada en “Babilonia” fue como Alex la esperaba. El lujoso restaurante contenía muchas mujeres hermosas, pero la aparición de Martita atrajo las miradas de todos los hombres. Por un momento, Barrow se sintió incómodo. Ella, en cambio, parecía vivir el momento más feliz de su vida. Erguida, espléndida, exótica y salvaje a un tiempo, avanzó hacia la barra del bar, llevando a su lado a un Alex confuso y vacilante.

Ocuparon sendos taburetes y Martita miró en torno, desde la altura de su porte majestuoso, como si no se sintiera muy a gusto en el exquisito local.

Bebiendo unos combinados, Alex comentó al oído de la mejicana:

—Tienes fibra de estrella.

—¿Crees que la gente me mira?

—Mi amigo enloquecerá al verte.

Una pareja se situó al lado de ellos, y casualmente Alex se fijó en la rubia cabellera de ella.

Enarcó las cejas.

Era Lydia Clark, lujosamente vestida y acompañada por un hombre alto, de rostro curtido por el sol y boca ancha. Ella le vio al mismo tiempo.

—¡Qué coincidencia! —exclamó Alex.

Lydia miró primero a Martita, y Barrow sorprendió una nueva desaprobación en la rubia oficinista.

—Hay quinientas millas cuadradas de ciudad en los Ángeles, y hemos venido a la misma yarda.

El acompañante de Lydia carraspeó y ella vaciló un instante, pero luego hizo las presentaciones.

—George, quiero presentarle al señor Alex Barrow, de quien le hablé. Alex, este es mi jefe, el señor Reynolds, director de la agencia “Eco”.

Los dos hombres se estrecharon las manos, y Barrow presentó a Martita, añadiendo:

—La verán muy pronto en las pantallas de cine.

—¿Una estrella? —inquirió Reynolds, con su voz grave y bien cultivada.

Martita parecía haberse quedado confusa. Alex la tomó del brazo, notándolo frío, y advirtió palidez en las mejillas femeninas; pero ello duró un instante, e inmediatamente sonrió.

—Si la suerte y el señor Barrow siguen ayudándome, así será.

Reynolds alzó su copa.

—Brindaremos para que se cumplan sus anhelos.

Cuando lo hubieron hecho, el director de la agencia se encaró con Barrow.

—Según me ha dicho Lydia, usted se ha interesado por el pobre Dean.

—¡Oh! Simplemente he formulado unas cuantas preguntas para satisfacer mi curiosidad.

—¡Pobre muchacho! Un final trágico.

—Lo que más me extraña, es la desaparición del dinero que le entregó mi Compañía. La policía ha verificado que hizo efectivo el cheque entregado por nosotros, y que sacó la totalidad del dinero en billetes de cien.

Reynolds agitó el índice ante Alex.

—¡Eso es lo más extraño de todo! Lydia me lo ha contado. ¡Cobró un seguro de doscientos mil dólares, y no se enteró nadie! Es casi increíble, conociendo a Dean. Trabajase o no trabajase, dentro de su cabeza solo había dos ideas: Cómo conseguir dinero y cómo conseguir mujeres. Esto es lo que le hacía ser endiabladamente original en sus escritos. Él trabajaba únicamente para lograr ambas cosas; este impulso permanente le estimulaba más y más, haciéndole único.

—Hay un misterio en todo esto.

—¿Ha hablado usted con la policía?

—Sí.

—¿Qué opina?

—Nada. El juez dictaminó que era un accidente.

Reynolds bajó la mirada al suelo y pareció buscar inspiración en las losas de mármol verde.

—Esa es otra cuestión; yo opino que...

—Diga.

—¿No pudo ser algo más que un accidente?

—¿Un crimen? ¿Un asesinato, acaso?

Reynolds se acarició la barbilla.

—Desde que Lydia me habló del dinero, no ha podido huir de mi cabeza la idea de que hubo algo más de un atropello casual.

Martita bebió sin respirar el contenido del cóctel y pidió otro. Alex la contuvo.

—Son muy fuertes. Ten cuidado.

Lydia se removió, inquieta. Vestía de azul, y su piel, suavemente tostada, adquiriría un brillo especial con el contraste. Reynolds invitó:

—¿Quieren sentarse a nuestra mesa? Hay sitio.

Alex negó.

—Muy agradecido; pero no es posible. Esperamos a un representante de una Productora para hablar de negocios.

—¡Eso es muy importante! Que pasen una feliz noche —deseó, tomando el brazo de Lydia posesivamente y llevándosela de allí.

Barrow siguió con la mirada a Lydia, advirtiendo el tremendo contraste que había entre ella y Martita. Esta le sujetó el brazo y le hizo volverse.

—¿Qué ocurre con esa mujer? No has apartado los ojos de ella desde que apareció.

—¿Celosa?

Martita apretó los labios. Respiraba agitadamente, y Alex la observó con más detenimiento. No acababa de comprender a aquella mujer, todo temperamento. Parecía ofendida en aquel instante, dominada por una cólera que la hacía apretar los puños para dominarse.

—Lo siento, nena; mi interés por esa pareja es solo profesional. Dean Wagner trabajaba para Reynolds, y Lydia era compañera suya en la agencia. La interrogué respecto a la persona que era Dean.

—¿Todavía estás preocupado por eso?

Volvió a beber parte del combinado, sin acusar la fuerza del alcohol.

—Sí; y tú sabes algo, Martita. ¿Por qué no me lo dices todo?

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. Eras vecina de Dean, y amiga suya.

Ella le miró al fondo de los ojos.

—¿Qué te han dicho?

—Todos coinciden en afirmar que Dean era mujeriego. Tú eras amiga y vecina... Cualquiera puede idear una consecuencia.

Martita se estremeció.

—Eres todo un caballero, ¿eh, Alex? ¡un perfecto caballero! —Había sarcasmo en su voz—. ¿Es todo cuanto se te ocurre decir?

Barrow comprendió que había cometido una torpeza.

—Lo siento; discúlpame.

—Creo que el daño ya está hecho.

—Escucha —la tomó del brazo; la carne morena era dura y cálida—. Debes hacerte cargo de que necesito saber algo más respecto a Wagner.

—¿Por qué?

—Tengo tanta confusión en mi cabeza, que es preciso ponga un poco de orden en ella. Tú puedes ayudarme.

—No.

—¿No puedes olvidar mis palabras y admitir mis excusas?

—No sé nada.

—Me ocultas la verdad, Martita.

—¡No sé nada, Alex; puedes creerlo! Pero si supiera algo, tampoco te lo diría.

—¿No?

—Utilizaría la información de un modo más provechoso que el de ayudar a la policía.

—Yo no soy policía.

—Pero colaboras con ellos.

Había decepción en el rostro masculino.

—¿Qué destino darías a tu información, muchacha?

—Vería de sacarle un provecho.

Levantó la copa.

—Eso es chantaje, nena.

Fue a beber la mejicana, pero Alex le retuvo el brazo.

—Ya es bastante; no sabes lo que dices.

—¡Suélteme, o daré un espectáculo!

Retiró su mano, y ella bebió totalmente la copa. Le brillaban los ojos un poco más, y no se notaba en absoluto su estado. Incluso parecía más hermosa que nunca, gracias a aquel fuego que brotaba de sus pupilas. Su voz era firme, y su figura se había hecho más arrogante, más audaz. Alex pensó que el representante de la Productora quedaría seducido por su aspecto y que no le sería difícil a Martita obtener una oportunidad.

—No he hecho otra cosa que equivocarme contigo —musitó Barrow, abonando la consumición—. Sospecho que la noche está arruinada.

Se dirigieron al restaurante y cenaron; luego pasaron a la sala de fiestas, donde ocuparon una mesita cerca de la pista. Un camarero les trajo una botella de champaña, y ambos brindaron. La orquesta tocaba una melodía lenta, que armonizaba perfectamente con la penumbra de la sala, y Martita se incorporó.

—¿No eres capaz de sacarme a bailar? Resultas muy aburrido, Alex. En toda la noche no has pronunciado ni diez palabras.

Salieron a la pista, y Martita se echó en sus brazos. Era enervante sentirla tan próxima, y ella parecía más alegre, más animada, como deseosa de borrar el mal efecto causado.

—Eres adorable, Alex —le besó, parándose prácticamente en la pista—. Quiero que seas feliz a mí lado. ¿Por qué no apartas de tu cabeza todos esos pensamientos y piensas que estás abrazando a una mujer bonita?

—Porque esa mujer bonita tiene más cerebro que corazón.

—Te demostraré que no es así, Alex. Pero por favor, sonríeme un poco

y muestra más entusiasmo. ¿No te gusto?

—Podrías enloquecer a cualquiera, pero tus palabras...

Ella rio.

—¿Todavía las recuerdas? —Sacudió la cabeza—. Era una simple broma. No sé nada de Wagner, palabra... ¿No podrías olvidarle cuando estás a mí lado? Me hace sentirme inferior.

Martita sabía enloquecer a un hombre, y durante los bailables siguientes no ocuparon la mesa ni una sola vez. Llevaba el ritmo en el cuerpo, y su vitalidad contagiaba a Barrow, que se sentía alejado del mundo abstruso de la muerte de Wagner.

En uno de los giros, Alex vio a un hombre sentado a su mesa y anunció a Martita:

—Ahí está nuestro amigo.

Regresaron cogidos de la mano, riendo. La mejicana tenía encendidas las mejillas por la excitación del baile y del alcohol. Antes de sentarse, vieron a Reynolds y a Lydia, sentados a una mesa situada al otro extremo de la pista. Lydia retiró su vista cuando Alex miró, y Reynolds, en cambio, hizo un cordial saludo desde lejos.

—Martita, este es Fred Morgan, el amigo de quién te he hablado. Él puede hacerte estrella. ¿Qué tal, Fred?

El llamado Fred era todavía joven, con un rostro de facciones acusadas y sienes prematuramente grises. Vestía con elegancia, y parecía irradiar un efluvio especial.

Estrechó la mano de Martita, que le sonrió estudiadamente, entornando los ojos.

—Tienes buen golpe de vista, Alex —comentó Morgan—. Puedo asegurarte que será una estrella.

Se sentaron; y Barrow sirvió champaña, brindando a continuación los tres.

—Por Martita —exclamó Fred Morgan.

Ella le envolvió en una mirada cautivadora.

—¿Cuándo podrá hacerse esa prueba, Fred?

—Quizá sea posible esta misma noche.

—¿Lo dice en serio?

—Sí. Están trabajando en los Estudios, y es muy posible que pueda encontrar una cámara disponible.

Alex intervino:

—Quizá sea más sensato aguardar algo y prepararte mejor, ¿no crees, Martita?

Pero Fred agitó la mano en el aire.

—Deja esto en mis manos, Alex. Yo conozco a mis jefes, y sé que ella les causará buena impresión.

—Bien. ¿A qué esperamos? —preguntó ella, impulsiva.

—¿No ha trabajado nunca para el cine, allá en su patria?

—No.

—¿Ni ha tenido contacto aquí con ese mundo cruel?

—Tampoco.

Fred Morgan dio vueltas a su copa.

—Bueno; será mejor que le haga ver las cosas por su lado real. No es posible iniciar una carrera como la que usted pretende sin dinero. Ahora, permítame una pregunta indiscreta: ¿Tiene capital?

Martita miró a Barrow, y este carraspeó:

—Tú dijiste, Fred...

—Mi actuación en este asunto es desinteresada, Alex; y tú sabes que estoy en la obligación de servirte bien. Me ayudaste mucho en mis años difíciles, y ahora puedo hacer algo por ti; pero no soy yo quien pide dinero por sus servicios, si bien hay mucha gente a la que habrá que pagar: reporteros de los diarios de más tirada, columnistas de las revistas especializadas, servicio de propaganda, vestuario, joyas y todo un tren de vida imprescindible para entrar con buen pie en el camino que lleva al estrellato. Imagino que no querrás hacer de Martita una chica de conjunto.

—¡Oh, no!

—Bien —Morgan se volvió hacia la muchacha—. ¿Qué dice, Martita?

Esta se había puesto seria repentinamente.

—¿Dinero? —los dedos le blanquearon al apretar la copa con fuerza—. Creo que lo tendré.

—Si no cuenta con eso, es mejor que dejemos la prueba para más adelante. Compréndalo; sería perder la oportunidad. Si tiene éxito, como espero, es preciso que su rostro aparezca inmediatamente en las revistas y que usted se deje ver en los sitios más caros. Yo trataré de relacionarla con el gran mundo, pero se necesita capital.

Martita apretó los labios.

—Cuenta con ese dinero.

Tenía en aquel momento una expresión dura, que Morgan no captó; pero Alex sí se percató de aquel súbito cambio.

—Brindemos por una nueva estrella —propuso Fred Morgan, levantando su copa.

Bebieron los tres, y Fred se incorporó.

—Iremos a los Estudios ahora mismo. ¿Nos acompañas, Alex?

Barrow negó lentamente.

—No; creo que lo haréis mejor si vais solos.

Morgan llamó a una vendedora de tabaco y se apartó unos pasos para comprar un paquete. Alex aprovechó aquella ocasión para hablar con Martita:

—Me da miedo tu expresión, muchacha. ¿Qué intentas hacer?

Ella trató de sonreír.

—¿Qué piensas, querido? Voy a hacer una prueba. Si sale bien, te llamaré por teléfono.

—Me refiero a lo que dijiste antes. ¿Piensas obtener ese dinero por aquel horrible procedimiento?

—No te entiendo.

—¡Sí me entiendes! Es muy peligroso ese camino, nena. Es mejor que te des cuenta de que yo quiero ayudarte de verdad...

—No sería correcto que tú me dieras tanto dinero, Alex; y quizá yo no lo admitiría.

—Reflexiona un instante antes de... —pidió, tratando de sujetarla del brazo. Pero ella se desasíó suavemente, aproximándose a Morgan.

Este le sonrió.

—¿Dispuesta?

Les vio alejarse por entre las mesas. Martita caminaba muy erguida, y los hombres que ocupaban las distintas mesas olvidaban a sus acompañantes para mirarla. Martita tenía fibra de *vamp* de Hollywood.

Pero le daba miedo pensar lo que podía hacer.

Se sentó cansinamente y bebió champaña. Un camarero se acercó solícito a una señal suya, y abonó la consumición.

Luego caminó entre las mesas para aproximarse a la ocupada por Reynolds y Lydia.

CAPÍTULO V

—Se ha quedado sin compañía —rio Reynolds—. ¿Qué ha hecho para dejársela arrebatarse tan limpiamente?

—Se ha ido con un amigo.

—Yo no me fiaría de los amigos. Ellos son los responsables de la mayor parte de las infidelidades amorosas.

—Ellos han ido a realizar una prueba ante las cámaras. Eso me aburre. Pero será mejor que me vaya al hotel; sin duda les estoy estorbando.

—¡Por favor...! —Reynolds hizo un gesto amplio—. Quédese; se lo ruego.

Llamó a un camarero y le hizo traer una copa para Alex y otra botella de champaña.

El muchacho miró furtivamente a Lydia, comprobando que tenía el semblante adusto.

—Usted dijo antes que Dean Wagner pudo haber muerto asesinado —Barrow parecía elegir las palabras una a una—. ¿Tiene idea de quién pudo hacerlo?

—En absoluto. Se me ocurrió al saber lo del dinero que cobró de ustedes.

—Entiendo. Temo que este vaya a ser uno de esos casos que no se solucionan jamás.

Un botones se aproximó a la mesa y miró a los dos hombres.

—¿El señor Reynolds? Me dijeron que le encontraría en la mesa once.

—Yo soy. ¿Qué ocurre, muchacho?

—Le llaman al teléfono, señor.

—¿A mí? Es raro. Nadie sabe que estoy aquí.

Se incorporó.

—¿Me perdonan? Quizá no sea yo el Reynolds que buscan.

Se alejó, y Alex buscó con su mirada los ojos de Lydia. Esta no desvió los ojos y se mostró desafiante.

—Ignoraba que tuviera tanta amistad con el señor Reynolds —ironizó él, tratando de humillar su orgullo.

—Somos buenos amigos, simplemente. En cambio, usted y esa... vampiresa color chocolate han intimado muy rápidamente. No cabe duda de que no ofrece mucha resistencia. A Dean no le costó gran trabajo, y a usted...

—¿La conoce?

—Les vi juntos.

—Parece ofendida.

Las mejillas de Lydia subieron de color.

—No sea estúpido.

—No debería justificarme, pero solo he tratado de que ella me confiara lo que sabe.

—¿Lo ha conseguido?

—No.

—No debe desanimarse; ella le dará nuevas oportunidades.

La orquesta inició un ritmo agradable, y Alex indicó la pista.

—Podríamos bailar.

—No le gustaría mi estilo.

—Creí que éramos amigos.

—Me gusta seleccionar mis amistades, señor Barrow. Con la exhibición que han ofrecido en la pista, he tenido suficiente.

—¿Por qué son tan difíciles las mujeres? Estoy seguro de que Martita sabe algo importante y no ha querido decírmelo; y algo me dice que usted podría ayudarme y tampoco lo hace.

Reynolds regresaba. Tenía un rictus duro en la boca.

—Fue una estúpida equivocación.

Antes de sentarse, Lydia se incorporó.

—Me agradaría bailar, señor Reynolds.

Este asintió:

—¡Oh, sí! Nos disculpa, ¿verdad, señor Barrow?

La mirada de Lydia era despechada y Alex comprendió que ella lo había hecho para herirle.

—En realidad, voy a retirarme. Es un poco tarde para mí. Buenas noches.

Una vez en el taxi, se arrellanó en el asiento y cerró los ojos, fatigado. Todos parecían saber algo; todos, menos él.

* * *

Una vez en el hotel, conectó la televisión y estuvo viendo un combate de boxeo, pero no pasó de un asalto y cambió de canal. Se encontró con una película de Frankenstein, que siguió hasta el final, y luego aparecieron unas bailarinas que se movían al compás de una música estúpida.

Apagó el aparato y se descalzó. Luego pasó al cuarto de baño para lavarse, y cuando regresó a la mesilla de noche vio su reloj. Eran las dos de la madrugada; Martita no había llamado, como prometiera.

Se sentó en el borde de la cámara y pidió comunicación con su número. Al otro lado, el teléfono de Martita repiqueteó durante un minuto sin que nadie lo recogiera, y Alex colgó. Quizá la prueba cinematográfica había durado más de la cuenta, y conociendo a Martita, se comprendía que aquello era posible.

No obstante, llamó al apartamento de Fred Morgan. Para su sorpresa, este respondió casi al instante.

—¿Fred?

Morgan reconoció la voz.

—Un poco trasnochador, ¿eh, Alex?

—¿Estás solo?

—No, con mi mujer. Esta es mi casa, Alex. ¿Qué sucede?

Barrow suspiró.

—Pensé que podría acompañarte Martita.

Su amigo rio divertido.

—¡Tienes unas ocurrencias...! ¿De verdad has pensado eso?

Llamé a su domicilio y nadie me respondió. Entonces pensé en ti.

—No debes mostrarte celoso, muchacho. Esa chica no es para mí; yo me retiré a tiempo. Oye, es raro eso que dices. Hace más de una hora que la dejé en la puerta de su casa, y la vi entrar en el portal.

—¿Estás seguro?

—¡Qué pregunta tan tonta! Claro que estoy seguro.

¿Crees que me dedico a la bebida en dosis masivas? Vamos, resígnate, chico; y no pienses en ella. No es para ti. Esa mujer pisoteará cuanto se le ponga por delante con tal de alcanzar lo que ambiciona, y es mucho lo que desea.

—No se trata de eso. Mi interés por ella no es íntimo. Bueno, Fred, estoy robando tiempo de tu descanso. Gracias.

—¿No quieres saber cómo fue la prueba?

—Oh, sí, claro.

—¿Qué te sucede, Alex? Te noto ausente. ¿En qué estás pensando?

—En el motivo por el cual no contesta su teléfono.

—Tendría una cita, y...

—No. A Martita solo le interesa llegar a donde tú solo puedes llevarla. No tendría objeto para ella otra aventura cualquiera. Discúlpame, creo que voy a ir a su casa.

—¿Imaginas que le ha sucedido algo?

—Preferiré comprobarlo.

—Como quieras, pero estás perdiendo el tiempo. No obstante, y para que no vuelvas a molestarme en toda la noche interesándote por el resultado de la prueba, te diré que fue estupenda. Esa chica triunfará.

Con el rostro ensombrecido, Alex devolvió el auricular a su horquilla y se calzó precipitadamente. Luego abandonó su habitación a toda prisa.

* * *

Clemson, el portero, con una cazadora de ante sobre la chaqueta del pijama, volvió a sacudir la cabeza.

—No me gusta nada lo que estamos haciendo, señor —gruñó.

Tenía el cabello revuelto y los ojos hinchados por el sueño.

Alex le señaló la puerta del apartamento de Martita.

—Deje de hablar y hágalo deprisa. Ella puede necesitar nuestra ayuda.

—Pero, ¿por qué se empeña en decir que le ha pasado algo? ¡Estará durmiendo y se enfadará terriblemente!

—Yo cargaré con la responsabilidad.

—Y seré yo quien pierda el empleo cuando ella presente su queja al administrador —ululó.

No obstante, abrió la puerta. Todas las luces del amplio *living* estaban encendidas, y sobre la mesita situada ante el sofá había un alto vaso, mediado con una bebida dorada.

—¿No se lo he dicho? La señorita Durango está en su alcoba...

El portero miraba hacia la abierta puerta del dormitorio, también brillantemente iluminado. Alex llamó:

—¿Martita?

Avanzó acto seguido.

Solo tuvo que asomarse al dormitorio para darse cuenta de lo ocurrido.

Se detuvo en el vano de la puerta y respiró hondo, al tiempo que se pasaba una mano por la frente.

Martita estaba a solo dos pasos, al pie del lecho rosado, caído su cuerpo sobre la alfombra, tras una lucha salvaje. Tenía la ropa rasgada, y su piel mostraba la huella de golpes feroces. Ella se había defendido con la fuerza que da la desesperación, pero su asesino había sido más fuerte y no se había apiadado de su condición de mujer.

Tenía un golpe en la cabeza, del que había manado sangre, y en el suelo se veían los cascotes de una figura de cerámica que había servido de improvisada arma arrojadiza.

El portero resolló en la nuca de Alex.

—¡Santo cielo...! —musitó.

—Hemos llegado demasiado tarde —se condolió Barrow, mirando la mueca de horror impresa en el rostro femenino.

Los dedos del asesino se habían hundido en la suave piel del cuello, quedando la huella amoratada de unos dedos anchos y poderosos.

—No quiso hacerme caso... y jugó apostando demasiado —murmuró Alex.

Clemson, extremadamente pálido, alargó el cuello.

—¿Decía usted algo, señor?

Alex retornó al *living* y se aproximó al teléfono, que descolgó sirviéndose de un pañuelo. Marcó el número de la policía y preguntó por el teniente Martel.

—Soy Alex Barrow, teniente. Celebro encontrarle todavía; se ha cometido un asesinato.

* * *

El teniente Martel salió del dormitorio, dejando dentro a los expertos de

huellas y al forense. Tenía el rostro preocupado, y dos pliegues verticales a ambos lados de la boca aumentaban su aspecto sombrío.

—Bien, señor Barrow. Aguardo sus informes.

Alex no se había repuesto todavía de la impresión recibida.

—Se llamaba Martita Durango, y quería hacer una gran carrera en el cine.

—También sé que el apartamento contiguo era el de Dean Wagner, pero no es eso lo que quiero saber. ¿Cómo ha descubierto el cadáver? ¿Por qué entraron en este domicilio? ¿Qué relaciones tenía usted con ella? ¿Cuándo la vio por última vez?

Con voz serena, Barrow respondió a todas aquellas preguntas meticulosamente.

—Así, usted la vio hace pocas horas.

—Cenamos juntos.

—¿A dónde fuero después?

—Yo me quedé en “Babilonia” y me trasladé a la mesa ocupada por George Reynolds y Lydia Clark, de la agencia “Eco”.

—¿Ellos se encontraban allí?

—Sí. Martita se marchó con Fred Morgan, un amigo mío que prometió hacerle una prueba cinematográfica. La hicieron, y luego él la acompañó hasta aquí, pero no subió. Martita lo hizo sola y mi amigo regresó a su casa, donde le aguardaba su mujer.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Antes de despedirme de Martita, quedó convenido que ella me telefonaría al hotel para darme cuenta del resultado de la prueba. No lo hizo, y me extrañó; yo la llamé y este teléfono no respondió, por lo que comuniqué con Fred Morgan, que me dio cuenta de lo ocurrido.

—¿La acompañó él en coche hasta la puerta?

—Así es.

—Comprobaremos eso. Pero todavía no me ha dicho por qué vino al apartamento de Martita —los ojos del teniente escrutaban atentamente el rostro del muchacho.

—Estaba inquieto, y supuse que le había sucedido algo malo.

—¿Por qué razón imaginó tal posibilidad, que luego se vio confirmada?

—Martita sabía algo.

—¿Acerca de qué?

—Naturalmente, algo relativo a Dean Wagner.

—¿Todavía está con eso?

—No he podido olvidarlo. Ella tuvo relaciones íntimas con Wagner, y yo comprendí que poseía un secreto importante.

—¿Y bien?

—Mi intención al ayudarla a trabajar en Hollywood no estaba guiada ni por el altruismo ni por un afán galante. El único pago que esperaba de ella era la revelación del secreto acerca de Dean Wagner.

—¿No lo hizo?

—No.

—Hasta ahora no hay motivo para...

—Aguarde; todavía no he terminado. En “Babilonia” le pedí una vez más que me dijera cuanto supiese, pero ella se negó. No admitió que poseyera una información reveladora, pero yo comprendí que era así. Martita solo tenía una ambición en esta vida: Ser estrella. Mi amigo Morgan le dijo que se precisaba dinero para ello, y entonces adiviné que ella iba a llevar a cabo un plan terrible.

—¿Chantaje?

—Me lo había dicho anteriormente. Ella utilizaría cualquier clase de información de forma que pudiera sacarle un provecho. Le advertí que aquello era peligroso, y que un “chantaje” resulta terrible, pero no quiso ni escucharme. Tenía demasiado temperamento y excesiva ambición. Incluso estaba extraña, como nerviosa, y daba la impresión de no poder controlar sus nervios. Bebió demasiado, y...

Martel miró en torno, apreciando la agradable distribución del apartamento.

—No vivía mal.

—Pero quería salir de la clase de vida que llevaba sin detenerse por ninguna clase de escrúpulos.

—Y usted cree que la persona a quién pensaba hacer chantaje la mató.

—Es lo más lógico.

—¿No podría ser alguien ajeno al asunto de Dean Wagner? Según las palabras de usted, Martita Durango era una mujer muy especial, con una Vida algo turbia.

—No tengo pruebas para asegurar una cosa así, teniente.

El policía paseó por el *living*, con las manos a la espalda.

—¿Cuándo llegó usted encontró el portal abierto?

—No; tuve que llamar al portero.

Martel fue a su encuentro.

—¿Usted abrió al señor Barrow?

—Llamó al timbre y salí de la cama para ver qué ocurría. Todos los vecinos del edificio tienen sus llaves, y no había razón para que nadie avisara.

—¿Tuvo que levantarse alguna otra vez para hacer idéntica operación? —preguntó el policía.

—No, señor. Solo recibí una llamada.

—¿Cómo pudo entrar el asesino, en tal caso?

—Quizá la señorita Durango le esperaba... —apuntó, vacilante.

Alex intervino.

—Perdone, teniente; tengo algo que preguntar que puede ser significativo. Usted, Clemson, me ofreció esta tarde una llave del portal por si deseaba subir a horas desusadas, y yo la rechacé, ¿recuerda?

El portero asintió, pálido.

—¿A qué otras personas ha dado usted llaves, Clemson?

Martel apretó los labios.

—Es usted un hombre obsequioso, ¿eh, Clemson? No me gustan ciertos servicios.

—Yo... yo no tenía mala intención, teniente; se lo aseguro.

—Responda, Clemson.

—Verá... Algunos vecinos me han pedido llaves por haber perdido las suyas.

—¿Alguien relacionado con la señorita Durango? —El policía acercó su rostro al del portero.

—No; oh, no. Nunca tenía visitas aquí.

—Tengo medios de averiguar si me dice la verdad, Clemson —advirtió Martel.

—¡No le estoy mintiendo, señor, se lo aseguro! —protestó Clemson, al tiempo que lanzaba una mirada de rencor hacia Alex.

—No se marche, Clemson. Tengo que interrogarle más a fondo.

—Como usted mande, señor —asintió el portero—. Ahora que recuerdo, a la única persona relacionada con la señorita Durango a quién di una llave fue al señor Wagner; pero ya está muerto.

Martel cambió una mirada con Barrow.

—Gracias; eso es todo por el momento.

Se apartaron del portero, y el muchacho se situó frente al policía.

—¿Qué piensa, teniente?

—Que no me gusta verle tan cerca de esto, Barrow.

Alex enarcó las cejas.

—¿Por qué me trata así? He jugado limpio en todo momento.

—Sí, pero no me siento cómodo viéndole husmear en mi terreno.

—Tenía intención de comunicarle a usted inmediatamente lo que obtuviera de Martita.

—Las circunstancias no me han permitido comprobar si efectivamente lo habría hecho. No tengo nada personal contra usted, pero no me gustan los policías aficionados. He comprobado que usted es quien dice ser, y también todo lo relativo al seguro que cobró Den Wagner.

—No se fio de mí, ¿eh?

—Nunca lo hago; no lo tome como un desaire. Hasta donde he podido comprobar, me ha dicho la verdad. Llegó a Los Ángeles en la fecha que me dijo, reside en el hotel cuya dirección me dio, y está en la ciudad por el motivo que me expuso. Todo está limpio en torno a usted, Barrow; pero no se meta en el campo de la policía. No nos gustan los entrometidos. ¿Me explico?

—Con una claridad meridiana, teniente.

—Lo celebro. Póngase a trabajar para su Compañía y deje el caso Wagner y el asesinato de Martita para nosotros. Tarde o temprano,

desenredaremos el ovillo.

Alex apretó los labios.

—Aunque no me guste, debo admitir sus razones porque las comprendo. Me apartaré de este asunto totalmente.

—Puede marcharse, Barrow.

—Si me necesita, ya sabe dónde encontrarme.

CAPÍTULO VI

Estaba vistiéndose a la mañana siguiente, cuando el teléfono repiqueteó. La telefonista del hotel anunció:

—Llamada de larga distancia desde Nueva York, señor.

—Póngame, se lo ruego.

Un instante después oyó la voz de uno de los gerentes, Harry Denton, que gritaba:

—¿Alex Barrow?

—Sí, Harry; y no hace falta que alces la voz. Te oigo perfectamente.

En Nueva York se produjo un gruñido.

—¿Qué estás haciendo en estos momentos, Alex?

—Pues, verás; empezaba a...

—Déjalo inmediatamente y ponte a trabajar según las instrucciones que voy a darte.

—Correcto, Harry. Pero estaba vistiéndome; imagino que me darás permiso para que termine, ¿verdad?

—¡Oh! Déjate de bromas y atiende. Olvídate de la misión que te llevó al Oeste. No es urgente el trabajo de inspección. Ha surgido un asunto sumamente grave, que debes solucionar a la mayor brevedad posible. Dentro de cinco días se reunirá el Consejo de Administración, ante el que tendré que presentar mi informe mensual, y si no ofrezco una solución al problema que acaba de estallar bajo nuestras narices, todo el Departamento va a pasar por un momento difícil. ¿Me entiendes?

—Por completo, Harry; pero deberías especificar la clase de problema que no te deja dormir. No sé a qué te refieres.

Harry Denton era así; dinámico y emprendedor, pero incoherente. No resultaba tarea fácil trabajar con él, porque pretendía siempre que los demás adivinasen sus pensamientos, y solo Barrow había sido capaz de mantener con él una buena amistad, pese a su peculiar carácter.

—¡Por todos los demonios, Alex! ¡No estoy para bromas!

—Trataré de adivinarlo, Harry. ¿Quizá te refieres al caso Wagner?

—¡Claro está que sí, condenación!

—¿Qué ha ocurrido?

—La policía ha empezado a investigar el accidente de Anton Wagner. ¿Sabes lo que han averiguado?

—Que no fue un accidente.

—¡Rayos, Alex! ¿Qué sabes del asunto?

—Nada, pero tengo algunas ideas.

—¡Suéltalas, rápido!

—Anton Wagner fue asesinado por su sobrino Dean, con objeto de

cobrar el seguro del que era beneficiario.

—¡Y se lo pagamos, maldita sea! ¿Te das cuenta de nuestra situación? Esta misma tarde los periódicos publicarán algo del asunto, y los consejeros se formularán preguntas sumamente embarazosas durante la Asamblea. ¿Puedes imaginar cómo se pondrán? Para ellos será una negligencia imperdonable haber pagado una póliza al asesino de uno de nuestros asegurados. Todos cuantos hemos intervenido en el asunto perderemos nuestros puestos...

Barrow recordó, suavemente:

—Yo nada tuve que ver con esa póliza, Harry.

—¡Lo sé perfectamente! —se desgañó Harry Denton—. No es preciso que me lo recuerdes, pero vas a trabajar de firme para solucionarlo, ¿me entiendes? ¡No me pongas excusas! Tú posees talento, y estás sobre la pista de algo. ¡Adelante! Resuélveme esta papeleta, y antes de cinco días comunícame que has atrapado a Dean Wagner y recobrado el dinero. ¿De acuerdo?

—No cuelgues todavía, Harry —pidió Barrow—. Hay algo que quizá no sabes todavía. Dean Wagner ha muerto.

Se imaginó a Denton cerrando los ojos y hundiéndose más en su sillón de cuero.

—¿Muerto? —su voz apenas llegó a Los Ángeles.

—En otro accidente automovilístico, Harry. Un taxi lo atropelló, dejándolo muerto al momento.

—¿Y el dinero?

—No hay rastro de él.

—¡Pero no puede haberlo gastado! ¡Lo tendrá en algún Banco! Averígualo y entabla una demanda para su recuperación.

—Tampoco es posible. Dean Wagner cobró nuestro cheque y se llevó todo el dinero, en billetes de cien. No lo dejó en su cuenta.

Alex notó que su jefe estaba desolado.

—Tiene que haber algún procedimiento para... —musitó.

—Hay mucho misterio en torno a la figura de Dean Wagner, y no sé si podré averiguarlo todo en tan corto espacio de tiempo. Pero sea lo que sea es grave. Se ha cometido un asesinato para impedir que la policía o yo averiguásemos algo relativo a la muerte de Dean Wagner.

—¿Un asesinato?

—Sí.

Denton suplicó:

—Por favor, Alex...

—Está bien; trataré de lograr lo imposible.

—Obtendré una recompensa si los resultados son buenos.

—Es otra cosa lo que necesitaré, Harry. La policía de aquí me ha prohibido meterme en su terreno, porque no les gustan los detectives aficionados; de modo que tendrás que proveerme de una licencia de

detective al servicio de la Compañía, expedida por la Policía de Nueva York. Imagino que no te resultará difícil hacerlo.

—La enviaré hoy mismo por correo aéreo.

—Entretanto, telegráfame instrucciones y anúnciame el envío de la licencia, con objeto de protegerme de las posibles iras de la policía.

—Lo haré.

—¿Algo más, Harry?

—Solo una cosa: no importa cómo ni a qué precio, pero soluciona el problema. Tenemos que dar muestras de eficiencia al Consejo de Administración.

—Tendrás noticias mías.

Colgó el auricular y terminó de vestirse. Desayunó en un restaurante próximo al Departamento de homicidios, y luego entró en la sede de la Ley, pidiendo ser recibido por el teniente Martel.

—¿Otra vez usted, Barrow? —Martel aparecía cansado y ojeroso. No cabía duda respecto a cómo había pasado la noche.

—Acabo de recibir una llamada telefónica de mí Compañía, pidiéndome que me ponga a investigar en el caso Wagner. Me envían la licencia correspondiente.

—¿Por qué?

—La policía de Nueva York, a requerimiento de usted, y visto el informe pericial, ha llegado a la conclusión de que Anton Wagner pereció en un accidente provocado y planeado con todo cuidado; y el único que se benefició de aquella muerte fue su sobrino Dean Wagner.

Martel reclinó en su sillón basculante y cerró los ojos. Estuvo en aquella postura durante varios minutos, dando la impresión de que estaba dormido, pero Alex sabía que estaba reflexionando intensamente.

—Así es, Barrow. Yo también he recibido ese informe —dijo al fin, sacando una carpeta del cajón central y revisando una hoja arrancada al teletipo—. Se utilizó una bomba química de efecto retardado. Dos sustancias que al ponerse en contacto explotan, separadas por una delgada lámina metálica corroída por un ácido. Los técnicos encontraron restos de estas sustancias en algunos fragmentos del coche siniestrado.

—Un plan diabólico. La explosión provoca el accidente, y el incendio subsiguiente completa el trabajo. No se hubiera descubierto el atentado de no haber sospechas de que algo no había sido normal.

El teniente cerró la carpeta.

—Así es.

Barrow miró al policía, tratando de obtener su confianza.

—Una mala noche, ¿eh, teniente?

—No ha sido buena. ¿Qué piensa hacer cuando reciba su licencia?

—Necesito averiguar qué hay de misterioso en la muerte de Dean Wagner; y, sobre todo, dónde puso el dinero del seguro. Dentro de cinco días se celebrará una reunión del Consejo de Administración de mí

Compañía, y se formularán preguntas muy embarazosas. Necesitamos poder responderlas.

—No va a ser fácil su trabajo, Barrow.

—No; pero confío en que usted me ayudará.

—No estoy seguro de ello.

—¿Por qué esa animadversión hacia un investigador privado deseoso de colaborar, como yo?

Martel avanzó el torso y le miró fijamente.

—Se lo diré, Barrow. Los privados solo van a su negocio. No les importa en absoluto la Ley, sino solo solucionar su problema particular. Unas veces tratan, simplemente, de alejar de su cliente las sospechas de la policía, y para ello se vales de todos los medios; y en otros, como en el suyo, únicamente tratan de recuperar el dinero indebidamente pagado. Todo lo que no sea eso, no les interesa. Incluso si para conseguir sus propósitos tienen que ocultar pruebas imprescindibles a la policía, lo hacen con la mayor naturalidad. La profesión de detective privado es inmoral por ello, Barrow; y ahora ya sabe mi punto de vista.

Alex sonrió pálidamente.

—Yo le demostraré que sé jugar limpio.

—Será la excepción que confirma la regla.

Hubo un minuto de silencio. El muchacho tanteó suavemente:

—¿Va a colaborar conmigo, teniente?

—Solo en lo que crea conveniente —fue la respuesta.

Alex sacó el paquete de cigarrillos y ofreció uno a Martel.

—¿Qué resultado ha obtenido en la investigación de esta noche, teniente?

—Casi nada. El asesino entró sin que nadie lo viera y la mató en silencio, pese a la lucha. Los amigos de Martita que hemos conocido tienen sólidas coartadas, y ninguno se relacionó jamás con Dean Wagner.

—Eso hace pensar que murió por lo que sabía.

—Y si ella trató de hacer chantaje, la explicación queda completa.

—Solo falta saber el nombre del asesino.

Martel se incorporó.

—Me gustaría dormir un par de horas, Barrow.

—Eso equivale a una despedida. Voy a dar una vuelta por ahí, teniente, y necesitaré un dato.

—¿Piensa investigar?

—Me quedaría satisfecho si pudiera hacer unas preguntas al único testigo del accidente que costó la vida a Dean Wagner.

El policía dudó unos instantes, pero al fin dio un cabezazo brusco, asintiendo.

—De acuerdo; voy a darle un margen de confianza, Barrow. Si no juega limpio conmigo, tendrá un tropiezo.

—Seré leal.

Martel hojeó una agenda y dijo:

Se llama Leonard; Mack Leonard, y vive en el 470 de Los Álamos Street.

—La calle donde ocurrió el atropello.

—En efecto.

Alex tomó nota, y unos minutos después un taxi le recogía a la puerta del Departamento.

CAPÍTULO VII

Mack Leonard le miró a través de los redondos aros de acero de sus lentes.

—No deseo comprar nada. No tengo dinero para pagarlo —dijo a guisa de saludo, en cuanto abrió la puerta.

Alex Barrow le sonrió alentadoramente. Mack Leonard tenía el cabello muy blanco y las espaldas encorvadas. Su rostro estaba muy arrugado y de toda su figura emanaba un aire de cansancio. No cabía duda respecto a su condición de pensionista.

—Solamente deseo hablar con usted unos minutos, señor Leonard. Sé que está muy ocupado, y por esto estoy dispuesto a indemnizarle adecuadamente.

El viejo pensionista ladeó la cabeza, reclinándola casi sobre su hombro derecho, como un pájaro.

—¿Qué tengo muchas ocupaciones? Oiga, ¿quién se lo dijo? Hace tres años que no sé lo que es trabajar, como no sea arrancando la mala hierba del jardín. ¿Por qué quiere pagarme por mí conversación?

—Hace unos días ocurrió en esta misma calle un accidente...

Mack Leonard se puso tenso.

—¿Quién es usted? Yo no tengo nada que...

—Aguarde un instante, señor Leonard. Soy representante de una Compañía de seguros relacionada con la víctima. Solo deseo saber cómo sucedió el accidente, para redactar el oportuno informe; usted ya sabe...

—La policía podrá informarle.

—Ya he hablado con ellos y me han dado la dirección de usted. Eso quiere decir algo, ¿no? El teniente Martel me autorizó para que hablase con usted.

—¿El teniente Martel?

—Exacto. Él le ha interrogado otras veces, ¿no es cierto? Es solo un minuto, señor Leonard.

El jubilado miró hacia atrás, y en aquel instante se oyó una voz de mujer, áspera y autoritaria:

—¿Quieres cerrar esa puerta, Mack? ¿O es que pretendes matarme con esa corriente de aire?

El dueño de la casita miró a Barrow con expresión cansina.

—Es mi mujer. Hablaremos en el jardín —añadió.

Descendieron del porche, y Leonard empujó la puerta para cortar la corriente de aire. La casita era modesta, y hacía muchos años que necesitaba una reparación a fondo. Del jardín solo quedaban unos tristes macizos de flores lacias, y hierbajos salvajes por todas partes. Un perrillo

temblón ladró en la caseta adosada al edificio.

—No sé nada; de veras no sé nada.

—Usted vio el atropello, ¿no es verdad?

Los ojos de Mack Leonard eran tristes, desconfiados.

—Yo estaba paseando a mí perrito como hago todas las noches. Él se había detenido en la esquina y olisqueaba. Es su sitio preferido, ¿sabe? De pronto vino un taxi, lanzado a toda velocidad, asustándonos a los dos.

Yo me volví para mirarlo y él siguió su carrera. Dejé de ocuparme de él y presté atención a mí perro, pero entonces sonó un chirrido de frenos y pensé que había atropellado a alguien. Era de noche, y...

—Continúe, por favor.

—Me pareció ver que algo caía al suelo.

—¿Algo?

—Había mucha oscuridad, y en el lugar del suceso no había luz alguna. Solo al reflejo de la luz de los faros me pareció que caía un bulto al suelo, y no sé por qué pensé en un atropello.

—¿Qué hizo el taxi?

—Continuó la marcha y desapareció.

—¿En qué dirección?

—Torció por la primera bocacalle.

—¿Qué hizo usted?

—Me movió la curiosidad y... estaba intranquilo, debo decirlo. Me pareció que debía averiguar qué había ocurrido.

—Y usted encontró el cadáver.

—Estaba muerto cuando llegué.

—¿Salió alguien de las casas vecinas?

—Nadie; no señor. Este es un barrio tranquilo, de gente trabajadora que madruga mucho y se acuesta temprano.

En la puerta de la casita apareció una mujer de remendado delantal y brazos descubiertos.

—¡Eh, Mack! ¿Otra vez con esa historia? ¿No te dije que no volvieras a hablar de ello?

El viejo Leonard se estremeció de pies a cabeza.

—Yo estaba...

—Adentro, Mack; ya es bastante. Y usted, amigo, váyase de aquí. No queremos líos. Si desea saber algo, pregunte a la policía. Mi marido dijo cuanto sabía.

—Señora estoy dispuesto a pagar...

—¡Vamos, Mack!

Alex comprendió que tenía la partida perdida.

Por eso, bloqueó el camino a Leonard, poniéndose de espaldas a su mujer, y le susurró rápido:

—Le aguardaré en la próxima esquina. Le daré diez dólares.

Luego, sin mirar a la áspera mujer, abandonó el jardín y caminó hasta el

lugar de la cita, confiando en que la recompensa prometida haría acudir a su informador.

No se equivocó. Diez minutos más tarde, le vio doblar la esquina con furtivos movimientos.

—No sé por qué he venido —empezó, pesaroso.

Alex le metió en el hueco de la mano dos billetes de cinco dólares.

—Usted tenía algo que decirme; recuérdelo.

Pero Leonard no cayó en la trampa.

—Usted se equivoca, señor. Yo no sé nada más.

Barrow fijó su mirada en las inquietas pupilas del pensionista. Había en ellas una enorme inquietud y una gran movilidad.

—¿Cómo vio el cadáver?

—Encendí un fósforo, señor.

—¿No gritó al ver tanta sangre?

—¿Sangre? No; no, señor. No había sangre apenas, pero sí estaba destrozado; y estuve a punto de gritar, señor.

—¿Qué hizo después?

—Fui a casa y se lo dije a mí mujer. Se enfadó conmigo por meterme donde nadie me llamaba, pero acabamos por avisar a la policía. Eso es todo, señor. Debo regresar.

Barrow alargó el brazo y le sujetó.

—Aguarde un momento. Hay algo más.

—¿Qué?

—Usted sabe algo respecto al hombre que conducía. Usted le vio. ¿No es cierto?

Una gran palidez cubrió su rostro, y negó precipitadamente:

—¡Oh, no, no! ¿De dónde saca eso? ¡Yo no sé nada de lo que usted insinúa! ¡Le juro que...!

Bruscamente, luchó con él para desasirse, Alex le dejó soltarse y Mack Leonard retrocedió unos pasos. Le temblaban los labios, y sus ojos rodaban en las órbitas.

—No debí haber venido.

—Escuche, señor Leonard. Yo siempre pago los informes que recibo. ¿Le vendrían mal mil dólares?

—¿Qué dice?

—Mil dólares. Usted y su mujer los necesitan. Apuesto a que sabrían cómo emplearlos.

—No sé nada —se obstinó.

—Le voy a dar mi tarjeta con la dirección del hotel en que resido y el número del teléfono. Consulte con su mujer y decídase. Recibirá mil dólares, y le prometo no complicarle en ningún lío.

Con rápidos movimientos, entregó al viejo pensionista la tarjeta y le sonrió amistosamente, pero su interlocutor no quiso detenerse más. Le arrebató materialmente la cartulina de las manos y echó a correr con paso

traqueteante en dirección a la puerta de su casita, sin volver ni una sola vez la cabeza.

* * *

Encontró al teniente Martel en la misma puerta del Departamento de homicidios, a punto de subir a un coche de la policía.

—Venía para hablar con usted, teniente —dijo Alex a guisa de saludo—. Hay algo que se me ha ocurrido.

Martel vaciló, pero acabó por señalar el coche:

—Suba y hablaremos por el camino.

—¿A dónde va?

El policía se arrellanó en el asiento posterior.

—Hábleme de su brillante idea.

Había un latente sarcasmo que Barrow no dejó de advertir.

—Estuve charlando con Mack Leonard.

—¿Le dijo algo sensacional? ¿Algo que no nos confió a nosotros?

El muchacho miró a través de la ventanilla del coche. Este se deslizaba veloz, aunque sin utilizar la sirena, por las calles de Los Ángeles. Barrow no conocía muy bien la ciudad, pero se daba cuenta, no obstante, de que parecían dirigirse hacia la periferia.

—El viejo Leonard está asustado, teniente. Él sabe algo; no me cabe la menor duda. O lo sospecha al menos.

—¿No puede ser más explícito?

—Cuando ocurrió el accidente que costó la vida a Dean Wagner, el viejo Leonard se encontraba en la calle con su perrito.

—Eso ya lo sé.

—Y vio venir el taxi.

—¿Qué hay con eso?

—Pudo ver a quién lo conducía, y conocerle.

—Es una posibilidad remota.

El muchacho ofreció un cigarrillo al policía, y después de encenderlo añadió:

—Además, hay algo que no encaja. Leonard me ha dicho que no había sangre en el lugar del accidente.

Martel se limitó a mirarle con expresión indefinida.

—Ese viejo no vio cómo ocurría el atropello. Solo oyó el chirrido de frenos, y cuando se volvió le pareció ver que algo caía, quizá una persona. ¿Se da cuenta?

—Sí.

—¿No ha llegado usted a las mismas conclusiones?

El teniente soltó un chorro de humo.

—Desde luego.

—¿Qué explicación ha hallado?

—Una sola; la única posible.

Alex silabeó:

—Que Dean Wagner no murió atropellado en Los Álamos Street.

Martel arrojó el cigarrillo por la ventanilla.

—Sí.

Hubo un largo silencio durante el que solo fue audible el suave ruido del veloz motor.

—¿Por qué la policía, en ese caso, ha dado una versión falsa del asunto?

Martel le miró hosco.

—No hemos falseado la verdad, Barrow. Hubo una encuesta previa realizada al día siguiente del suceso, en la que el juez dio el veredicto de accidente. Pero vimos que había hechos contradictorios, y nos pusimos a trabajar, sin necesidad de que usted viniera a empujarnos.

—No quise decir eso, teniente. Debe disculparme.

—Está olvidado.

El muchacho volvió a encender otro cigarrillo nerviosamente.

—Si Dean Wagner fue muerto en otro lugar, ¿por qué lo dejaron en Los Álamos Street?

—Para fingir un accidente.

—¿Después de haber robado un taxi? Nadie puede creer tal cosa. Además, si lo asesinaron en lugar distinto de Los Álamos Street, ¿por qué le golpearon el rostro hasta desfigurárselo?

Martel no respondió y Barrow añadió:

—No con objeto de evitar su identificación, puesto que dejaron la documentación en sus bolsillos.

—Sin embargo, no respetaron su rostro.

El policía cerró los ojos.

—Tenemos la certidumbre de que el muerto no era Dean Wagner.

Alex no recibió ninguna sorpresa.

—Yo también quería llegar a esa conclusión, teniente.

—Ahora saldremos de dudas. Vamos a exhumar los restos del muerto, y comprobaremos qué hay de cierto en nuestras sospechas.

El coche policial entiló una ancha puerta flanqueada de rejas, y avanzó por una avenida a cuyos lados crecían altos cipreses.

Un silencio opresivo reinaba en aquel lugar, último reposo para los muertos.

CAPÍTULO VIII

Alex llamó a la puerta y aguardó un minuto; luego volvió a pulsar el timbre y solo entonces se oyó que alguien acudía.

—Aguarde un momento.

Luego, la puerta se abrió. Lydia Clark terminó de sujetarse el cinturón de la amplia salida de baño, y en sus ojos verdes apareció una expresión de sorpresa y recelo por partes iguales.

—¿Cómo ha encontrado mi casa?

—Me dio la dirección el teniente Martel. Lamento haber interrumpido su baño.

Miró la toalla con la que Lydia envolvía sus rubios cabellos para secarlos.

—Había terminado. ¿Qué desea?

—¿Puedo pasar?

Ella vaciló.

—Soy una mujer soltera y vivo sola; además, no recibo cierta clase de visitas.

Barrow sonrió levemente.

—Aguardaré a que se vista, y hablaremos en el pasillo.

Lydia se hizo a un lado.

—Entre.

Alex se encontró en un espacioso *living* decorado con gusto. Los muebles eran ultramodernos, y en las paredes colgaban algunos lienzos abstractos. Pese a que Barrow no gustaba de aquellos modernismos, encontró grato el ambiente. En un rincón, un “pick-up” emitía una música suave, armoniosa, que parecía flotar en el aire para adormecer los sentidos.

—Siéntese. No tardaré mucho.

El muchacho contempló a Lydia, envuelta en aquella prenda amplia de felpa que la cubría hasta los pies.

—Es usted una mujer extraña, Lydia. Hay algo en su forma de ser que atrae; y al mismo tiempo se esfuerza por mantener las distancias.

La máscara fría de aquel rostro no se inmutó.

—Imagino que habrá venido para algo importante.

—¡Oh, sí!

—Bien, discúlpeme.

—¿Qué clase de mujer es usted?

Ella se detuvo en su marcha hacia el dormitorio y volvió el rostro.

—¿Qué significa esa pregunta?

—Me gustaría conocer cuáles son sus pensamientos y saber hasta qué punto es usted lo que parece.

—Está usted lleno de incoherencias.

—¿Se deja acompañar muy a menudo por Georges Reynolds?

Lydia se puso rígida bajo la prenda de felpa.

—Eso es una impertinencia.

Alex se aproximó a ella.

—No es bueno que una secretaria salga con su jefe.

—¿Quién es usted para establecer lo que puedo hacer?

—Nadie; me limito a darle un consejo.

—Puede guardarse sus consejos para usted mismo. ¿Piensa acaso que todos los hombres son iguales? El señor Reynolds es un caballero, con el que una mujer está siempre segura. El espectáculo que usted y esa mejicana dieron anoche en “Babilonia” fue deplorable. No puede juzgar a los demás por usted mismo.

Le ardían los ojos, y estaba furiosa. Barrow apretó los labios y fue a decir algo, pero Lydia desapareció de su vista.

Regresó quince minutos después. Se había puesto una falda ceñida y un jersey negro cerrado hasta el cuello. Caminaba muy erguida, y parecía más que nunca una esfinge, pero bajo la capa de maquillaje Alex advirtió su palidez.

—¿Cuál es el motivo de su visita?

No se sentó, y Barrow tuvo que ponerse en pie. Era el prólogo de la despedida.

—Como siempre, Dean Wagner.

—La policía estuvo esta tarde en la Agencia. Anduvieron preguntando y dijimos cuanto sabíamos; es decir, nada.

—No sé si el teniente Martel les habrá informado debidamente.

—El teniente solo pregunta; jamás habla.

Alex la miró a lo profundo de los ojos.

—Se ha descubierto algo terrible. El muerto de Los Álamos Street no era Dean Wagner.

—¿Qué dice?

—Se ha comprobado sin lugar a dudas.

—Pero la identificación...

—Un error que alguien calculó que se cometería. El muerto tenía el rostro destrozado, y estaba vestido con un traje de Wagner y con sus zapatos especiales que compensaban la desigualdad de sus piernas; llevaba además la documentación de Wagner en los bolsillos, pero su identidad es otra.

Lydia se apoyó en el respaldo del diván.

—¿Qué motivo puede haber...?

—No fue un accidente, sino un crimen. El muerto fue asesinado en otro lugar muy distinto a Los Álamos Street, y el criminal pretendió hacer creer a todos, incluso a la policía, que el muerto era Dean Wagner.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Dean hubiera aparecido para denunciar el

error!

—¿Es que no lo comprende? Dean Wagner mató a ese desgraciado y lo vistió con sus ropas para que le dieran a él por muerto.

—No puedo creerlo. ¿Qué motivo le impulsó a semejante absurdo?

—Uno muy elemental. El mató a su tío Anton Wagner para cobrar el seguro; y luego, con objeto de estar tranquilo el resto de su vida, sin el temor de que se investigara el accidente que costó la vida a su tío, montó esta farsa para desaparecer limpiamente del mundo de los vivos. Con semejante fortuna, no puede resultarle difícil adquirir una falsa documentación y salir del país, quizá a Méjico.

La muchacha tenía la mirada perdida en el vacío, mostrando un asombro infinito.

—Es terrible.

—Pero ha ocurrido realmente.

Lydia se dejó caer en el diván. Alex continuó en pie, observándola con interés.

—No hable a nadie de esto, Lydia. Es un secreto entre usted y yo.

Ella asintió. Durante unos instantes estuvo estrujándose las manos, y al fin levantó la cabeza.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Necesito su colaboración.

—¿Para qué?

—Estoy buscando a Dean Wagner. Alguien tiene que saber dónde está.

—Yo no lo sé. No soy su cómplice.

—Sé que usted es una buena chica, pero sé también que nunca ha dicho toda la verdad.

Lydia se incorporó y fue hasta un armario bar, del que sacó una botella de *whisky* y dos vasos. Sirvió licor en ambos, y ofreció uno a Barrow, bebiendo ella su dosis de un trago.

Cerró luego los ojos. La reacción del alcohol no se hizo esperar. El color volvió a su rostro; y una respiración más firme dilató su busto, marcándolo bajo el jersey.

—Voy a contarle una historia que a nadie he referido jamás.

Alex fue hasta ella, le quitó el vaso de las manos y luego la hizo sentarse junto a él, sosteniéndole ambas manos, que estaban inusitadamente frías.

—La escucho. Quiero ser su amigo, Lydia. Lo deseé desde el primer momento, y siempre ha luchado por evitar algo que sucederá inexorablemente.

La muchacha respiró hondamente. Un perfume cautivador envolvió a Barrow, que cerró los ojos para dominarse.

—Siempre tuve mucho miedo a Dean Wagner. Era un hombre siniestro. Su modo de mirar me estremecía y...

—Continúe.

—Un día me quedé trabajando en la agencia hasta muy tarde y salí la última. Antes de cerrar, revisé todos los despachos por si todo estaba en orden, y al entrar en el de Wagner vi algo...

—¿Qué?

—Un librito de notas, una agenda. Estaba en el suelo, cerca del sillón en que se sentaba. Se le había caído inadvertidamente y lo recogí. Fui a dejarlo sobre el escritorio, pero pensé que podía ser algo personal y creí que no debían curiosearlo las mujeres de la limpieza que vienen por la mañana, de modo que lo guardé en mi bolso con ánimo de devolvérselo al día siguiente. Pero al amanecer sufrí una jaqueca insoportable, y telefoneé avisando que no iría al trabajo. Solo a última hora de la tarde recordé el librito y lo saqué del bolso. No sé por qué, me puse a mirar su contenido.

—¿Qué vio?

—Eran anotaciones muy precisas, que revelaban la clase de actividades a que se dedicaba Dean.

—¿Qué era?

—Chantaj. Su oficio le permitía estar en posesión de numerosos detalles íntimos de las estrellas, y las extorsionaba periódicamente. Había fechas, nombres y cantidades, así como anotaciones respecto al motivo por el cual esas personas le pagaban por mantener silencio.

Alex apretó las manos femeninas, infundiéndole ánimo.

—No me atreví a devolverle la agenda. No podía hacerlo, después de haberla tenido en mí poder más de veinticuatro horas. Me espantaba imaginar lo que Dean Wagner podría hacerme por haber violado su secreto. El chantaje es un delito, y estaba segura de que no se conformaría con haber sido descubierto.

—¿No le ha dicho esto a la policía?

—No; deseaba mantenerme al margen de algo tan sucio.

—¿Conserva todavía es librito?

Lydia tardó algo en contestar, pero acabó afirmando.

—Démelo a mí. Yo lo revisaré y veré qué puede hacerse. Quizá encuentre en él datos para localizar a Wagner.

—Es un hombre peligroso; lo sé.

Barrow pensó en Martita y en su horrible final.

—Imagino que habrá leído en los periódicos algo sobre la muerte de Martita Durango, mi acompañante de anoche.

—Sí. ¿Tiene algo que ver...?

—Era amiga de Wagner, y sospecho que sabía algo de sus planes, algo por lo cual podía hacerle víctima de un chantaje. Ella me dio a entender que sacaría provecho de lo que sabía.

—¿Él la mató?

—Todo encaja. Solo él pudo ser.

Un largo estremecimiento recorrió el cuerpo femenino.

—Si se enterara de que yo...

—No tema. Nadie lo sabrá, si usted no habla. Yo soy discreto.

—¡Tengo miedo!

Las manos de Alex ascendieron por los suaves brazos de la muchacha, hasta sujetar sus hombros. Eran carnosos y redondos; un calor enervante atravesaba el tejido de punto hasta las manos masculinas.

—¡Lydia!

Fue el perfume, o el miedo que hacía temblar a la muchacha, o la perfección del cuerpo ceñido por las ropas, o el Destino que había trabajado para unirlos, haciéndolos coincidir a pesar de vivir en puntos extremos del Continente. El caso es que Barrow apretó más aquellos hombros, y de pronto la atrajo contra su pecho, abrazándola desesperadamente.

Lydia no se resistió. Pareció como si ella anhelara también aquel contacto. El rostro femenino reposó durante un instante contra la solapa de Alex y luego se alzó.

Recibió el beso en los jugosos labios. Sus bocas se unieron golosamente, y durante un tiempo indefinido permanecieron inmóviles, entregados a la caricia que derramaba sus anhelos. Luego, lentamente, Barrow la soltó, percatándose de que había ido demasiado lejos.

La muchacha permaneció inmóvil, baja la vista, encendidas las sienes, llenos de lágrimas los ojos. Con un creciente sentimiento de culpabilidad, Alex retiró sus manos de los hombros femeninos, pero Lydia volvió a él, desolada.

—No me dejes, Alex.

Fue como un grito primitivo. Inmediatamente ella escondió el rostro en el pecho viril, avergonzada. Alex la acarició.

—Yo te quiero, Lydia, y soy libre.

—Yo también —susurró ella, muy suave.

—¿Por qué has huido tanto de mí?

—He tenido miedo.

—¿De qué?

—De ser débil. Ahora vete, por favor. Déjame pensar. No vuelvas a besarme... No lo hagas, te lo suplico. Otro día...

Se incorporó él, y dio la vuelta al sofá para acariciar los dorados cabellos de la muchacha. Lydia no se movió. Sus uñas escarlata se había clavado en los almohadones; y permanecía inmóvil, con la cabeza baja.

—Siempre he tenido miedo a este momento. No he querido rendirme jamás, y cuando te vi comprendí que solo tú podrías hacerme sentir todo esto.

Sacudió ella la cabeza, y añadió:

—En el cajón central del aparador encontrarás la agenda de Dean Wagner. Llévate la y márchate ahora mismo.

Alex siguió las instrucciones y se apoderó de un librito de cubiertas de piel roja. Sin mirarlo, se lo guardó en el bolsillo y preguntó:

—¿Cuándo podré verte?

—Déjame algunos días.

—¿No estás segura?

—No soy una mujer frívola. No quiero equivocarme, porque para mí no habrá posibilidad de volver a empezar. Veo el matrimonio como algo eterno, algo que no puede romperse jamás.

—Yo también, Lydia.

—Necesitaré tiempo.

—¿Juegas mejor con el cerebro que con el corazón?

—Tengo que poner freno a mí corazón, porque todos usan el cerebro.

—No yo.

—Cuídate, Alex. Wagner es peligroso.

—No confíes en nadie; ni siquiera en tu jefe.

Lydia volvió levemente el rostro y Barrow pudo contemplar el purísimo perfil, humedecido por una lágrima indiscreta.

—Entre Reynolds y yo no ha habido nunca nada; puedes creerme.

—Yo también quiero decirte que no sentí nada por Martita. Aquello formó parte de un juego para hacerla hablar.

—No repitas esos juegos peligrosos.

—En honor a ti, no lo haré.

Se dirigió a la salida. La muchacha no se movió, y Alex cerró delicadamente la puerta.

Firmemente sujeto entre sus dedos, dentro del bolsillo, estaba el librito de piel roja. Le quemaba en la mano, ansiando revisar su contenido.

Una vez en la calle, se metió en el primer bar y ocupó la mesa más apartada.

Manteniéndolo oculto en la palma de la mano, pasó rápidamente las hojas. Las anotaciones eran precisas. Las estrellas de Hollywood habían pagado su silencio a Dean Wagner. No eran grandes cantidades, pero sí resultaba numerosa la lista de nombres, y al cabo del mes, Dean Wagner sacaría buenos ingresos. En un caso de chantaje, el asesino podía ser cualquier víctima; pero estaba probado que Dean Wagner no era la víctima, sino el criminal.

Mas una nota en las últimas hojas le hizo ponerse rígido, al darse cuenta de la importancia de su significado.

CAPÍTULO IX

El espectáculo estaba a punto de finalizar. Ruth “Bebe” se movía muy bien, demasiado bien en escena, y aquellas plumas que adornaban su figura constituían seguramente su mejor atractivo. El público no la perdía de vista, y Ruth “Bebé” era feliz. Todo lo feliz que puede ser una primera *vedette* de un espectáculo musical en escena y ante un público complaciente.

Alex se incorporó de su butaca y caminó silenciosamente hacia la salida, sin perturbar el religioso silencio de los caballeros de las primeras filas. Ruth “Bebé” estaba cantando y moviéndose, y Barrow se dijo que jamás ninguna “prima-donna” había sido escuchada con tan respetuoso silencio.

Una vez fuera de la sala se acercó a un acomodador de librea, cuyo rostro surcado de arrugas anunciaba su avanzada edad, y preguntó, sonriente:

—¿Cómo puedo llegar al camerino de “Bebé”?

El acomodador alzó una ceja y movió la cabeza como si hubiera escuchado una estupidez.

—Esa chica tiene muchos compromisos.

—No le pregunté eso, abuelo. Además, ardo en deseos de invitarle a tomar una copa —puso en su mano un billete de cinco dólares.

El vejete lanzó una furtiva mirada al papel moneda y se sintió más amable.

—Yo le acompañaré, y hasta le permitiré la entrada al camerino. Así ella le encontrará cuando regrese.

—Bravo, abuelo; es usted un tipo estupendo.

Unos minutos después entraba en el camerino de Ruth “Bebé”, un cuartucho sin ventilación que olía poderosamente a mujer en la plenitud de su belleza. Las ropas de la *vedette* estaban esparcidas por el suelo y la única silla del camerino, y sobre el tocador había una espantosa colección de productos de cosmética.

Lejos se escuchó el trueno de los aplausos, y poco después oyó gritos, carreras y conversaciones femeninas. La puerta se abrió bruscamente, y Ruth “Bebe” entró, cerrando tras sí con un resoplido. Solo entonces se fijó en Barrow.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Largo!

El muchacho sonrió beatífico.

—Necesitaba hablar con usted, Ruth.

—¿Para decirme que está loco por mí y que hará cuanto yo le pida? ¡No sea estúpido y desaparezca! Está cubriéndose de ridículo.

Vista de cerca, Ruth “Bebé” era una mujer bravía, una especie de

animal salvaje presto a cualquier clase de pelea. La vitalidad de su temperamento se desbordaba en cada uno de sus gestos ordinarios. No podía ocultar su origen, ni el orgullo que tenía por la perfección de su cuerpo; y las circunstancias le habían enseñado que podía optar a cualquier cosa sin detenerse ante ninguna clase de barreras.

—Escuche, preciosa, no he venido a galantearla.

—¿No? Ese cuento es viejo. ¡Fuera! —Su pulgar osciló, señalando a la puerta.

Las plumas de su reducido vestido se agitaron violentamente, y Alex sonrió:

—Cálmese. No es bueno para la salud tanto genio. Vengo a hablarle de Dean Wagner.

Pareció un globo que se desinflara.

—¿Qué... dice? No sé quién es.

—¿Se ha olvidado de su propio marido, señora Wagner?

La mirada de Barrow taladró a la “vedette”, que no tuvo fuerzas para seguir fingiendo.

—Lo sabe.

—Sí.

—¿Qué viene a pedir?

—Solo unas respuestas.

—¿Policía?

—No.

Ruth “Bebé” se movió en dirección al tocador, y se dejó caer en el taburete. Luego clavó los codos en el tablero y se miró en el espejo, pero Alex se dio cuenta de que no era su imagen lo que veía.

—¿Cómo ha descubierto nuestro matrimonio? —preguntó con voz apagada.

—Su marido es un hombre muy metódico, “Bebé”. Lo anota todo; la fecha de su matrimonio... las cantidades que obtiene de cada estrella de Hollywood por chantaje.

La *vedette* se volvió rápida; su mirada llameaba.

—¿Qué es lo que busca? ¿Quién es usted?

—¿Estaba enterada de las verdaderas actividades de Wagner?

—¿Qué ocurrirá si le respondo?

—Nada; no soy policía, y contra mi testimonio está el suyo.

—¡Váyase al infierno, maldito entrometido! —su mano voló hacia un tarro de pintura de pesado aspecto, con ánimo de arrojarlo a Barrow.

Pero este no se movió siquiera. Se limitó a decir:

—Yo no lo haría, señora Wagner. Puedo llamar por teléfono a la policía y entregarles esta agenda—. La agitó en el aire, a dos metros escasos de la “vedette”.

—¿Cuánto quiere por ella? —preguntó, soltando el improvisado proyectil y marcándose claramente en su rostro una mueca de odio.

—Nada; no está en venta, pero voy a hacerle una proposición.

—Acabe de una vez. No me es grata su compañía.

Llamaron a la puerta y Ruth saltó materialmente para correr hacia ella y pasar el cerrojo.

—¡No recibo a nadie! —chilló—. ¡Váyanse todos al diablo!

Hubo unos escandalizados murmullos al otro lado, y nadie volvió a insistir. Ruth se recostó en la hoja de madera, espléndido su largo cuerpo de vampiresa.

—No llamaré a la policía si responde a mis preguntas; esa es mi proposición —declaró Alex.

—De acuerdo.

Parecía serena. Con naturalidad, se dirigió a un biombo extendido en un rincón y pasó tras él.

—Me cambiaré de ropas mientras habla, Alex encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Por qué fue este matrimonio tan secreto?

—Si se hubiera hecho público, se hubiera rescindido mi contrato automáticamente. Cuando firmé, incluyeron una cláusula por la cual no podría casarme mientras durase la revista en cartel. Esta ha tenido más éxito del esperado, y llevamos con ella cinco meses.

—Al público no le gusta que la “vedette” tenga guardián, ¿eh?

—Algo así.

—¿Dónde está Dean? —preguntó súbitamente.

Ruth se detuvo en su movimiento detrás del biombo.

—¿A qué viene esa pregunta? Usted sabe que murió hace unos días en un accidente.

Alex se incorporó y fue hasta el biombo. El breve vestido de escena quedó colgando de una esquina del mismo, y “Bebe” se contorsionó para introducirse en otro de calle.

Por encima de la barrera, Alex miró los grandes ojos de la “vedette”.

—Dean Wagner no ha muerto.

Ruth quedó inmóvil, como si estuviera sin fuerzas, y sus ojos se engrandecieron aún más. Su boca se abrió para decir algo, pero tardó bastante en poder articular una palabra.

—¿Qué historia es esa?

—Su marido no ha muerto, “Bebé”.

La artista salió de detrás del biombo, sin cerrar el vestido. La cremallera pendía a su espalda, y ella parecía totalmente olvidada de sí misma.

—¿De dónde ha sacado...?

La cogió por los brazos para dar más énfasis a sus palabras.

—El muerto de Los Álamos Street no es Dean Wagner, ¿es que no lo comprende? No queda la menor duda al respecto. La policía lo ha comprobado.

—Pero eso no es posible. No ha dado ninguna señal de vida.

—Dean vive.

—No puedo creerlo.

—¿Quiere que hablemos con el teniente Martel?

—No; no tengo el menor deseo de mezclarme en este asunto. No quiero perder el contrato, ni deseo que los periodistas busquen en mi vida íntima. ¡No hable de mí a nadie! Recuerde que lo ha prometido.

—Solo a condición de obtener su colaboración.

—La tendrás. ¿Quiere subir el cierre cremallera? No podemos seguir más tiempo aquí. Las paredes son delgadas y podrían escucharnos. ¿Por qué no me espera en...?

—No me fío. La esperaré y saldremos juntos.

La “vedette” se desmaquilló rápidamente sin objetar nada, y volvió a pintarse para la calle. Luego se calzó, echó unas pieles sobre sus hombros, y abrió la puerta del camerino.

Un hombre gordo vestido de *smoking* y con un ramo de flores en las manos trotó ridículamente al encuentro de ella.

—¡Escúchame, “Bebé”...!

Ella le envolvió en una mirada glacial.

—No deseo hoy su compañía, señor Johnson.

Siguió caminando al lado de Barrow, dejando al empresario en ridícula postura, con el ramo de flores tendido hacia la espectacular *vedette*.

Una vez en la calle, subieron a un taxi y se dirigieron a un restaurante. Refugiados en una mesa apartada, Ruth apoyó ambos codos en la mesa y luego el rostro en el hueco de las manos.

—No está jugando limpio conmigo. Usted lo sabe todo acerca de mi vida, y yo ignoro hasta su identidad.

Alex sonrió.



—No me dejes, Alex

—Soy inspector de Seguros, y estoy investigando la muerte de Dean Wagner para abonarle a usted un seguro del que le hizo beneficiaria —añadió.

“Bebé” alargó su mano y acarició la diestra del muchacho.

—¡Oh! No sabía nada de eso. ¿Por qué no empezó por ahí? Hubiera sido más amable.

—Estuvimos a punto de abonarle el seguro, Ruth; pero la Policía acaba de establecer que el muerto no es Dean Wagner, de modo que...

—¡Pero él ha muerto!

—¿Sí? ¿Dónde está su cadáver?

La *vedette* sonrió seductora y alargó la otra mano por encima de la mesa.

—¿Por qué no vamos a mí apartamento y tratamos eso como dos

buenos amigos?

Su voz tenía más cálida insinuación que en escena, en los momentos más equívocos de la obra.

Alex negó.

—No es eso lo que voy buscando, sino el paradero de su marido.

Ella hizo un mohín.

—¡Qué terco es usted! Él está bien muerto.

—No parece afectarle mucho esa posibilidad.

—Voy a serle sincera. Lo nuestro fue un acuerdo.

—¿Sí?

—Dean decidió que necesitaba ayuda para su trabajo. Ya sabe a cuál me refiero; ese cuyos datos refleja la agenda.

—Entiendo.

—Dean ha muerto. Si no fuera así, él se habría puesto en comunicación conmigo.

—¿Está segura?

—No me cabe la menor duda.

—¡Pero él no es el que apareció en Los Álamos Street!

—Eso no puedo discutirlo, pero murió.

—Demuéstramelo de algún modo.

—No puede hacerlo. Yo siempre pensé que Dean había perecido en ese accidente.

—Pero ahora sabe que no es así. ¿No imagina dónde puede esconderse?

Ruth reflexionó un instante.

—El día del accidente yo le esperaba en un *bungalow* que tenemos en la playa. Habíamos planeado pasar el día juntos hasta el momento en que tuviera que regresar para asistir al teatro.

—¿Dónde está ese *bungalow*?

—En Laguna Beach. Como le decía, estuve esperándole. Era media tarde cuando, furiosa por su tardanza, fui a un almacén y llamé a su apartamento.

—¿Estaba él?

—Descolgó el auricular y oí voces furiosas, como si estuvieran discutiendo con violencia.

—¿Pudo entender algo?

—Mientras Dean se llevaba el auricular a la oreja, gritó: “Me importa poco lo que puedas hacer; no te llevarás ese dinero. ¡Nos conocemos hace demasiado tiempo para que me fíe de ti! ¡Si te arruinas y revientas, es asunto tuyo, no mío! ¡No te haré ese préstamo!” Creo que fue eso, poco más o menos.

—¿Cuál fue la respuesta?

—No alcancé a oírla.

—¿Pero captó la voz de la persona que acompañaba a Dean?

—Me pareció que era de un hombre.

—¿No la identificó?

—No, era imposible hacerlo.

—¿No le preguntó usted a Dean lo que le ocurría?

—Sí; su voz estaba alterada, como después de una gran discusión. Me dijo que no era nada, y que no podría acudir. Luego colgó.

—¿Solo eso?

—Fue muy brusco, y estaba enojado. No mencionó mi nombre ni estuvo cariñoso como otras veces, de modo que regresé al teatro. No he vuelto a verle.

Alex dio vueltas al vaso de *whisky* que le había servido un camarero. Aquello podía ser la clave del problema. Una discusión como aquella tuvo que ser oída por Martita, y esta era suficientemente curiosa para prestar atención al desarrollo del incidente. Incluso espió la salida de los que discutían, quizá.

Se mordió los labios. Sí; podía haber ocurrido tal como lo pensaba.

De las palabras pudieron pasar a las manos; y Wagner, en un arranque de cólera, mató a su interlocutor. Luego, asustado, pensó el truco de hacerse pasar por muerto, y Martita pudo verle sacar el cadáver de la habitación.

—Creo que encaja perfectamente, Ruth.

—¿Está convencido de que ha muerto?

—Lléveme al *bungalow*, y se lo diré.

Ella sonrió con intención.

—De acuerdo, Alex. Podemos tutearnos, ¿no crees?

Barrow dejó un billete sobre la mesa y ayudó a “Bebé” a levantarse.

Poco después, en el coche de la *vedette*, un descapotable color acero tomado del garaje, salían de los Ángeles en dirección a Laguna Beach. Era una noche cálida y hermosa, y una luna llena parecía cómplice de los enamorados.

“Bebé” se apretó a su costado y dejó reposar la mejilla sobre su hombro.

CAPÍTULO X

Al llegar al *bungalow*. Alex miró su reloj de pulsera. Las saetas marcaban algo más de las dos de la madrugada. El mar manifestaba su presencia, agitándose a pocos metros de la casita con un rumor denso e incansable. No había nadie en los alrededores, al parecer. El *bungalow* constituía, más que una casa veraniega, un refugio donde se podría disfrutar de una casi absoluta soledad.

Barrow saltó del coche, y “Bebé” se deslizó fuera. La lima hacía brillar el mar, y envolvía en plata la casa de troncos.

—Si Dean hubiera querido esconderse, lo habría hecho aquí —declaró la *vedette*—. Este es un refugio ideal.

—Veremos si él ha pensado lo mismo.

Ella se le colgó del brazo.

—Está muerto, Alex. ¡Qué terco eres! Dean no podía pasar sin mí; me hubiera telefoneado. Además, ¿por qué habría de gustarle que todos le creyeran muerto?

—¿Tienes la llave? —preguntó él, en lugar de responder.

Ruth abrió su bolso y removió en él hasta sacar un llavero.

—Yo abriré la cerradura.

Lo hizo hábilmente en la oscuridad y entró. Alex encendió un fósforo, y se encontraron en un *living* amplio, amueblado con sencillez.

—Hay una lámpara de gas en esa mesa —informó “Bebé”.

Barrow aplicó la llama a la misma, y la luz se extendió brillantemente por la estancia.

La mujer dio una vuelta sobre sí misma.

—Nadie ha estado aquí desde que me fui.

Señaló unos platos sucios puestos sobre la mesa, y una lata de confitura a medio consumir y en malas condiciones.

—Podemos echar una ojeada, ¿no te parece?

—¡Oh, sí!

Alex empujó una puerta y se encontró en un dormitorio no muy ordenado.

Encendió una nueva lámpara y vio al pie de la cama una amplia maleta de cuero.

—¿De quién es?

—Pertenecía a Dean. El día que vine a esperarle la traje conmigo desde mi apartamento. Habíamos concebido el proyecto de pasar aquí unas vacaciones, lejos del ruido de la ciudad. Cada tarde acudiría en mi coche al teatro, y a la salida vendría al *bungalow*, donde él estaría esperándome. Una semana ideal, pero aquel tonto accidente lo estropeó todo.

Barrow pulsó los cierres y la maleta se abrió, ofreciendo un confuso conjunto de trajes, camisas, ropa interior y zapatos especiales.

“Bebé” los señaló.

—¡Estoy en lo cierto, Alex! Dean Wagner no podía hacer nada sin esos zapatos. Era incapaz de viajar sin llevarse toda su colección de zapatos especiales que compensaban la pequeña diferencia de sus piernas. Si él viviera, habría acudido a por ellos.

El rostro del muchacho estaba contraído, por el giro de sus pensamientos. La posibilidad de que Dean Wagner hubiera muerto efectivamente cambiaba por completo la estructura de sus conjeturas, sumiéndole de nuevo en un mar de dudas. “Bebé” estaba muy segura de que él se habría puesto en contacto con ella, y Alex comprendía que había razones sobradas para hacerlo. Quedaba una posibilidad: Que Ruth estuviera engañándole; pero no era tan buena actriz como para engañarle. Eso significaba que estaba persuadida de la muerte de Wagner. Pero si el muerto de Los Álamos Street no era Wagner, ¿dónde estaba el cadáver de este? ¿Y qué razón había para hacer creer a la Policía que Dean Wagner era el fallecido en accidente?

Súbitamente, la luz se hizo en su cerebro. Ensimismado, se sujetó a los pies de la cama, y durante largo rato estuvo reuniendo los dispersos trozos de sus recuerdos. Una mano le sacó de su abstracción, zarandeándolo.

—¡Eh, Alex! ¿Te has dormido de pie?

“Bebé” se encontraba a dos palmos de él, sonriente, con las manos en las caderas y la mirada agresiva. Sabía su papel, y el recuerdo de Dean Wagner no la había turbado en absoluto.

—Tendrás que informar a tus jefes de que él murió y que yo soy la heredera universal. ¿A cuánto asciende el seguro?

—No estoy convencido de...

De pronto se encontró enlazado por unos brazos turgentes y fuertes que sofocaron su respiración. Los rojos labios quemaron los suyos:

—Estoy segura de que hallarás pruebas.

Pero Alex la apartó de sí algo rudamente. Luego pasó al *living* y salió a la veranda de la edificación.

—Regresaremos, “Bebé”.

La muchacha no insistió. Apagó las luces y cerró la puerta. Estaba furiosa, a juzgar por el portazo, y pasó de largo, dirigiéndose al coche.

Se dejó caer en el tapizado.

—Eres lo que se llama un hombre íntegro, ¿eh, Alex?

El muchacho bajó de la veranda, pero el motor rugió de pronto y el coche saltó hacia adelante, alejándose. Estupefacto, Barrow corrió detrás, pero el lujoso automóvil desapareció entre una nube de arena, dejándolo en la solitaria playa, alejado de todo punto civilizado.

Había amanecido cuando el coche de aquel pescador le dejó a la puerta del Departamento de Homicidios.

—Gracias por su gentileza en traerme, señor —sonrió Barrow, estrechando la mano del conductor—. De no ser por usted, todavía estaría andando por aquella maldita carretera solitaria.

—Imagino que no olvidará una noche como esta, ¿verdad?

—Sin duda alguna.

—Bien; no deje de denunciar el robo de su coche, y haga que caiga todo el peso de la Ley sobre el autor de la broma.

—Lo haré; muchas gracias.

El pescador arrancó, tras estrechar de nuevo la mano de Barrow, y este entró en el Departamento.

Tropezó con el teniente Martel en los pasillos. Al verle, el policía puso un gesto agrio y le espetó:

—He estado llamándole al hotel toda la noche. ¿Dónde estuvo?

—Creo que he averiguado algo importante, teniente. ¿Tiene tiempo de escucharme?

—Naturalmente. Pase a mí despacho.

Alex se acomodó en un sillón, y narró brevemente cuanto había sucedido desde la última vez que había visto al policía.

—Sigo cumpliendo mi palabra de tenerle informado, teniente. Ahora, ¿quiere decirme para qué deseaba verme?

Martel se acarició la barbilla.

—De modo que Wagner estaba casado.

—Y hacía “chantage”. Esta es la agenda donde se advierte la índole de su negocio.

El policía la hojeó rápidamente.

—Creo que estamos llegando al final, teniente. Es muy probable que Dean Wagner haya muerto realmente.

—Pero no es el de Los Álamos Street —puntualizó el policía.

—Eso quedó claro. ¿Han averiguado la verdadera identidad del muerto?

—Sí. Ha sido un penoso trabajo, pero al final lo hemos conseguido, gracias a sus huellas dactilares. Se llamaba Rick Delaney y había fallecido a causa de embolia cerebral. Su cuerpo fue sustraído del depósito de cadáveres del cementerio de Dos Casitas.

—Va encajando.

—Óigame, Barrow; esto es condenadamente burdo. ¿A qué viene tanta complicación? ¡No podían engañarnos con esta serie de detalles!

Alex se repantingó en el sillón y cerró los ojos.

—Vamos a suponer que Wagner murió realmente.

—¿Y bien?

—Reconstruyamos los hechos, teniente, tal como yo los he ideado. Dean Wagner sabía que su tío había suscrito una póliza con nuestra

Compañía, por la que él se convertía en beneficiario, y decidió colocar una bomba química en el coche de su tío. Lo hizo, y como había calculado el incendio, despistó por completo a los investigadores, haciéndoles creer que fue un accidente verdadero. El coche se despeñó por un precipicio, incendiándose al final por estar abierta la llave del paso de la gasolina. El resultado es que Dean Wagner cobró el seguro.

—Cierto. ¿A dónde nos conduce eso?

—Al segundo delito... y al segundo delincuente.

—No lo veo muy claro.

—Dean Wagner cobra el dinero del seguro y alguien sabe que tiene esa cantidad. La ambiciona, y como no puede obtenerla por otro procedimiento, asesina a Wagner.

—¿Quién pudo hacerlo?

—Si lo supiéramos no estaríamos aquí, discutiendo posibilidades. Dean Wagner es asesinado, probablemente en su habitación, y Martita Durango oye o ve algo, quizá al asesino. El criminal es listo, y sabe que la Policía siempre llega al final, aunque se retrase a veces; y planea el crimen perfecto.

—¿Cuál es el crimen perfecto?

—La idea es excelente. Todo consiste en hacer creer a la Policía que Dean Wagner no ha muerto, aunque aparece un cadáver con sus ropas, su documentación y sus zapatos especiales. A primera vista parece Dean Wagner, pero a poco que se profundice se advierte inmediatamente que no es. Como Dean Wagner no aparece, las sospechas tienen que recaer inmediatamente sobre este, haciendo pensar que ha huido con falso nombre, tratando de despistar a la Policía. El asesino calcula que ustedes buscarán a Dean Wagner por todo el país; y como no lo encontrarán, porque está en una tumba, las sospechas se harán cada vez más fuertes y el muerto de Los Álamos Street pasará como víctima del fugitivo Wagner.

El teniente Martel miró a Barrow con expresión sorprendida.

—Tiene usted imaginación, Alex.

—He tenido tiempo de pensar en todo esto, en las últimas horas.

—Todo eso está muy bien, Barrow —asintió el Policía, levantándose y empezando a pasear por su despacho—, pero, ¿a qué nos conduce ahora?

—A un punto muerto.

—Ignoramos quién es el asesino.

—Tiene que ser alguien del círculo de amistades de Wagner.

—¿Alguna de sus víctimas?

—No lo creo probable. Él era inteligente y no extorsionaba demasiado al grupo de sus víctimas. Si repasa la agenda, verá que las cantidades que cobraba mensualmente a cada uno de ellos no era superior a los quinientos dólares; una cifra realmente modesta para la categoría de esas personas. Ninguna se arriesgaría a matar por librarse de Wagner.

—En ese caso...

—Creo que lo asesinaron para robarle el dinero del seguro, puesto que no ha aparecido. Ruth “Bebé” me dijo que ella oyó por teléfono que su marido discutía con alguien respecto a ese dinero.

Martel miró a los ojos de Alex.

—¿Lo oyó realmente?

—Puede haber mentido, en efecto.

—Y no tiene coartada.

—Al menos, hasta la hora de comenzar la función en el teatro. Pasó todo el día en el *bungalow*, un lugar completamente solitario, donde no es posible tener testigos.

El teniente sacudió la cabeza.

—Conozco a ese tipo de mujeres. Solo tienen una ambición, el dinero.

—Pero ignoramos la hora en que murió Wagner, si realmente ha muerto. Hasta que no lo sepamos, no podrá interrogar a “Bebé”.

—No importa. La traeré al Departamento y acabará por confesar.

Fue al teléfono y lo descolgó, pero Alex le detuvo.

—Aguarde un momento, teniente. Ruth “Bebé” no puede huir. Ella continuará en el teatro, y allí la encontraremos cuando lo deseemos. Es más importante estar seguros. Necesitamos hallar el cadáver de Wagner.

—Ella nos dirá dónde lo escondió. Quizá esté en el mar.

—Tengo una idea. Los familiares de Rick Delaney o los empleados del cementerio, ¿han denunciado el robo del cadáver?

—No. Pero, ¿qué está pensando?

—Algo elemental, teniente. Si no lo han hecho es que enterraron un cadáver.

Martel abrió la boca, sorprendido.

—¿Quiere decir que...?

—Sí.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Los familiares se darían cuenta de que el cadáver no pertenecía a Rick Delaney!

Barrow negó con lentas cabezadas.

—Rara vez los familiares de un difunto desean ver a este, una vez metido en el féretro. Les horroriza la idea de la muerte y la terrible visión del ser querido sin vida. Apuesto algo a que los familiares de Rick Delaney no abrieron el ataúd; y en cuanto a los empleados del cementerio, no conocían al verdadero Delaney. Para ellos era un cadáver más. ¿Por qué no miramos en la tumba de Rick Delaney? Quizá allí encontremos a Dean Wagner.

El teniente Martel se puso rápidamente en movimiento, y cogió de la percha su sombrero.

—Acompáñeme, Barrow.

CAPÍTULO XI

El ataúd subió a la superficie sacado por dos enterradores, y el juez Kelman alargó su flaco cuello.

—Ahora saldremos de dudas; aunque, si nos hemos equivocado, van a ser difíciles las explicaciones.

El teniente Martel hizo una seña y dos agentes se situaron junto al féretro.

—Ábranlo —ordenó.

Alex Barrow se estrujó las manos. Una ceremonia como aquella no constituía un espectáculo agradable.

Al otro lado de la fosa estaba un hombre alto y vestido de negro, que tenía el semblante intensamente pálido. Alex sabía que era hermano de Rick Delaney, y por su aspecto podía deducirse su estado de ánimo.

La madera del ataúd crujió y la tapa fue levantada. Delaney estiró el cuello para mirar al interior, y sus facciones se contrajeron. Los dos agentes miraron también, y volvieron el rostro hacia el teniente.

—¿Bien? —preguntó.

Uno de los agentes afirmó:

—Es Dean Wagner —sacó del bolsillo una foto, que comparó con el rostro del muerto.

Delaney miró al policía con desolación.

—¿Dónde está Rick?

—Sospechábamos esto, señor Delaney. Comprendo su dolor, y estoy dispuesto a darle amplias explicaciones. Alguien hizo la sustitución de los cadáveres con fines criminales, pero ustedes recobrarán los restos de su hermano.

—¿De qué se trata?

—Es un crimen —se volvió hacia el juez—: Esto es todo, señoría. Le ruego que se haga cargo del cadáver.

—¿Puede darme una explicación de todo este lío?

—Confío en poder hacerlo muy pronto.

Se situó junto a Barrow.

—Usted acertó, amigo.

Alex señaló hacia Delaney.

—¿No estaba enterado?

—No; hicimos la identificación del cadáver esta noche, basándonos en sus huellas. Estaban clasificadas entre las de los donantes de sangre del Hospital Central. No fue necesario recurrir a los familiares; pensaba hacerlo hoy por la mañana, pero surgió esto.

—Ha sido un duro golpe para ellos.

—En efecto. Le veo pensativo, Barrow.

—Estoy dándole vueltas a una cosa, teniente. Este cementerio está muy próximo a Los Álamos Street.

—Una buena observación.

—Ahora que recuerdo esa calle, visitaré a Mack Leonard. Sigo pensando que ese viejo vio algo importante.

—Yo le acompañaré.

—Si Leonard ve a la Policía, no hablará.

—Tenemos procedimientos...

—A veces no dan resultados. Quizá yo pueda convencerle para que hable.

—¿Qué hacemos con la mujer de Wagner?

—¿Sabe lo que yo haría en su puesto? Me llevaría el cadáver de Wagner y le pediría a un buen forense que estableciera el momento de su muerte.

—Han pasado demasiados días.

—Lo sé; pero estudiando el contenido del estómago y el estado de los alimentos existentes en él podrá ser deducida la hora con no excesivo error. Le veré en la oficina.

Con paso vivo, abandonó el cementerio, alegrándose de dejar atrás tan poco alegre lugar.

* * *

Mack Leonard estaba acariciando su perrillo, sujeto a una argolla por una larga cadena, cuando Alex Barrow se detuvo ante la puerta cancela del jardín.

—Feliz día, Mack.

El pensionista giró en redondo, y su ojo izquierdo parpadeó nerviosamente.

—¿Qué busca?

—Vengo a proponerle un negocio, Mack. ¿No le gustaría comprarse una bonita casa en Santa Mónica o en cualquier isla siempre bañada por el sol? Yo le daré diez mil dólares en efectivo, a cambio de una sola palabra suya. Piénselo; una palabra. Usted sabe a lo que me refiero.

El viejo retirado se fue acercando lentamente, impreso en su rostro un gesto de miedo y duda.

—¿Por qué no deja de asediarme?

—Usted sabe algo muy importante, Mack. No puede negarlo; y no tiene derecho a llevarse a la tumba el secreto.

—No sé nada, no vi nada. ¡Lo dije todo a la Policía!

—Diez mil dólares, Mack. Es el precio de una bonita casa en Santa Mónica, recién construida, próxima al mar, con amplias habitaciones y todo el sol que usted quiera para calentar sus viejos huesos. ¿No vale eso una

sola palabra?

—Déjeme.

Había llegado a la cancela y se veía que sostenía una lucha íntima, en la que se enfrentaban de un lado la ambición y de otro el miedo.

—¿Por qué teme? Usted vio al que conducía el taxi, ¿no es cierto?

—No.

—Escuche, Mack; su declaración es definitiva. La Policía tiene acorralado a ese tipo, y con una sola palabra de usted será cazado. ¿Por qué tiene miedo? Él no podrá hacer nada contra usted después de que la Policía le haya puesto la mano encima.

—No.

—Aun admitiendo que fuera arriesgado, ¿no vale la pena exponerse por diez mil dólares? ¿Sabe usted cuántos hombres se jugarían la vida mucho más que usted por esa cantidad?

—¡Le digo que no sé nada! ¿No pueden dejarme vivir en paz los últimos días de mi vida?

Alex escuchó a su espalda el ruido de unos neumáticos, y acto seguido un “claxon”.

Se volvió. George Reynolds y Lydia Clark alzaron las manos al reconocerlo.

—¡Eh, Barrow! ¿Se ha perdido por este barrio?

El muchacho se acercó al vehículo.

—¡Qué sorpresa encontrarles!

Lydia explicó:

—Vine a recoger al señor Reynolds, cuyo coche se ha estropeado, para hacer una visita de negocios.

El director de la agencia “Eco” sonrió:

—Es la ventaja de tener una secretaria con coche propio. Bastó una llamada. ¿No sube, Barrow? Le dejaremos donde usted me indique.

—No, gracias; no he terminado todavía mis asuntos. No sabía que viviera usted por aquí, Reynolds.

—Tengo una finca muy bonita, que merece una visita. Algún día tiene que venir a ella; le gustará.

—No dejaré de hacerlo.

—Bien; hasta la vista.

Barrow cambió una larga mirada con Lydia, sin saber interpretar lo que veía en los bellos ojos femeninos. Le desagradaba la idea de que ella pudiera resultar como tantas otras secretarias, cuya vida íntima era una simple prolongación de la oficina.

El coche arrancó, y Alex se volvió hacia la cancela. Pero Mack Leonard no estaba allí; en cambio, su mujer sostenía una escoba entre las manos y no parecía de buen genio.

—Oiga bien esto, entrometido del demonio. Lárguese de aquí, o llamaré a la Policía; y si eso no le intimida, le partiré la escoba en la

cabeza. ¡No vuelva a molestar a mí marido! ¿Lo ha entendido?

No cabía argumentación alguna, y Barrow dio media vuelta y buscó una parada de taxis.

* * *

Cuando llegó al Departamento de Homicidios, vio un coche patrulla en la puerta, y al teniente Martel que salía en aquel momento para subir al vehículo.

—Teniente...

Martel dio un bufido.

—¿Vio a Mack Leonard?

—Sí, pero sin resultado.

—Usted por dónde pasa va dejando cadáveres, y empieza a desagrardarme esa coincidencia.

—¿Qué dice? —saltó Alex.

—Hace cinco minutos hemos recibido una llamada telefónica. Un vecino oyó un grito en casa de Mack Leonard y dos disparos. Trató de entrar, y le fue imposible, porque la puerta estaba cerrada, pero acabó forzando una ventana. ¿Sabe qué encontró?

—¡No es posible...!

—Nuestro informador fue veraz, porque radiamos una orden a un coche patrulla y comprobaron la exactitud de la denuncia. El matrimonio Leonard ha sido asesinado, y todo por culpa suya, maldita sea. ¿Por qué le habría hecho caso? ¡Tenía que haber detenido a la mujer de Wagner! Si lo hubiera hecho, a estas horas esa pobre gente viviría.

Baja la cabeza, Alex asintió.

—He cometido una grave torpeza, teniente.

—¡Pero la mía ha sido mayor, al aceptar sus brillantes ideas! ¡Y yo que siempre he despreciado a los sabuesos aficionados, he tropezado con el más loco de todos ellos!

—Por favor, teniente...

—¡Váyase al infierno!

Le sujetó por un brazo, no obstante.

—Aguarde tres minutos y escúcheme.

—¡No lo haré! ¿Cree que estoy loco?

—Sé quién mató a Dean Wagner y a los demás.

—¡Yo también!

—No obstante, escúcheme una vez más: Usted necesita pruebas para presentar el caso al fiscal, y no las tendrá si no tiende una trampa al criminal.

—¿Cuánto tiempo le va a llevar exponer su idea?

—No importa el tiempo, sino la efectividad.

De mala gana, el teniente Martel se dejó arrastrar a su despacho.

Lydia Clark levantó la mirada de la máquina de escribir y fijó sus bellos ojos en Alex Barrow, que llegó hasta ella, sonriente.

—Venía para despedirme, Lydia.

—¿Se marcha de Los Ángeles?

—Sí.

—¿Y el asunto que le preocupaba?

—Todo solucionado.

—¿Quiero decir que ha conseguido averiguar el nombre del que mató a Dean Wagner?

—En efecto; por lo tanto, nada me retiene aquí. Tomaré el avión esta noche, con destino a Nueva York. No quería marcharme sin despedirme de usted y del señor Reynolds.

—Le diré que está usted aquí y se alegrará de verle.

Un minuto después, Alex entraba en el amplio despacho del director de la agencia “Eco”.

—Lydia me ha dicho que nos deja, Barrow.

—Así es.

—¿Quedó todo claro respecto al pobre Dean?

—Por completo. Dígame, Reynolds, ¿cómo le van los negocios?

—Muy bien, afortunadamente.

—¿No le interesa una póliza?

Reynolds lanzó una carcajada.

—¡Ya sale el hombre de negocios! No; de momento, no. Quizá más adelante. Me acordaré de usted.

—Se lo agradezco. Es curioso; parece como si la muerte de Wagner le hubiera dado buena suerte.

Lydia enarcó las cejas y miró a los dos hombres. Barrow seguía sonriendo, como si no se diera cuenta del alcance de sus palabras, y Reynolds tabaleó sobre la mesa.

—No le entiendo.

—¡Oh, sí! Las semanas anteriores a la muerte de Wagner, usted anduvo con dificultades financieras. Los Bancos se le echaron encima; y luego consiguió cubrir los saldos pasivos y todo quedó arreglado.

—¿Cómo sabe...?

—Procuro averiguar si las finanzas de mis posibles clientes son saneadas.

Reynolds se incorporó, molesto.

—Creo que esto es suficiente, Barrow. Buenos días... y olvídense de la póliza. No se la daré nunca a usted.

—Estoy seguro de ello. Pero por favor, ¿puede explicarme cómo consiguió hacer frente a su situación? Si mis informes no fallan, usted tenía un pasivo de ciento cincuenta y ocho mil dólares. Es mucho dinero, ¿eh?

—¡Le estoy aguantando demasiado!

—Claro que Dean acabada de cobrar una cantidad mayor de mí
Compañía.

Reynolds apretó los puños.

—¡Le voy a...!

Pero Alex no pareció intimidado.

—Por favor, Lydia; ¿Recuerda si el señor Reynolds la dejó sola esta mañana después de encontrarme a mí en Los Álamos Street?

—Sí, pero...

—¡Cállese! —rugió Reynolds.

Pero Alex la alentó:

—Continúe, Lydia; es muy importante. ¿Cómo fue? Iba conduciendo, y de pronto recordó que se había olvidado unos documentos en su casa.

—¡Le he dado una orden, Lydia! —chilló Reynolds, con el rostro congestionado.

Pero la muchacha comprendió que debía seguir adelante.

—Me pidió que me bajara del coche y que buscara un taxi que me llevara a la Productora, con la que teníamos que resolver unos asuntos, mientras él regresaba en busca de lo que había olvidado.

—¿Fue usted en taxi hasta la Productora?

—Sí, y expliqué los motivos de la tardanza.

—Reynolds no regresó a su casa, Lydia. Volvió sobre sus pasos para matar a dos personas, a dos ancianos. ¿No es cierto, Reynolds?

El rostro del director de la agencia tenía un tinte purpúreo, y su aspecto no podía ser más amenazador.

—Ha sido muy listo, Barrow.

—No demasiado, porque he consentido que usted matara a Mack Leonard y a su mujer. Usted comprendió que debía silenciar a aquellos testigos. Leonard le había visto conduciendo el taxi; y le conocían, porque vivía en el barrio. Pude haberme dado cuenta de la verdad por la expresión de Martita en “Babilonia”, cuando le vio. Ella no le conocía a usted, pero le había visto sacando el cadáver de Dean Wagner de su apartamento, ¿no es cierto? Al saber su identidad en “Babilonia”, pensó que podía hacerle “chantage” a usted; y se equivocó.

Reynolds se inclinó levemente hacia adelante. De pronto empuñó un corto revólver.

—No va a repetir eso, Barrow.

—No puede disparar —rio Alex—. Lydia es testigo.

—La mataré también.

La muchacha se tambaleó, horrorizada.

—Entréguese, Reynolds; no tiene escapatoria posible. La Policía está ahí fuera.

—¡Miente!

Alex moduló un agudo silbido; y antes de que Reynolds pudiera

reponerse de su sorpresa, la puerta se abrió bruscamente, apareciendo varios policías con las armas en las manos. Reynolds se revolvió como una fiera acorralada, dispuesto a resistirse hasta el fin; y alzó el revólver para hacer fuego.

Pero uno de los agentes fue más rápido y oprimió el gatillo. El plomo alcanzó certeramente el brazo armado de Reynolds, quien se retorció de dolor.

Lydia emitió un grito y se desplomó. Alex corrió hacia ella y llegó justo a tiempo de tomarla en sus brazos.

Con suavidad la condujo hasta un diván, acariciándola suavemente.

El teniente Martel dejó oír su voz potente.

—Acertó usted, Barrow.

—Ese es su hombre, teniente. Lydia y yo serviremos de testigos. ¿Quiere traerme un poco de agua? Esta muchacha ha sufrido demasiadas emociones.

Después de haberla hecho beber, Lydia se removió y volvió en sí. Sus ojos se clavaron en el rostro de Alex, solícitamente inclinado sobre ella; y sonrió, atemorizada todavía.

—Ha sido... horrible. ¡He convivido con un asesino todo este tiempo!

—No podías sospechar...

—¡Oh, Alex!

Los brazos femeninos le rodearon el cuello, y Barrow se dejó vencer por aquella presa que le hacía caer sobre la muchacha.

Los labios femeninos le besaron largamente, y en aquel apasionado abrazo Barrow comprendió que había encontrado el definitivo consuelo a su soledad.

FIN



"—La chica del calendario era para mí una obsesión..."

Así empieza una de las más dinámicas y trepidantes obras del gran autor:

CLARK CARRADOS

"Tenía el pelo negro, los ojos verdes y la tez de bronce..."

Y por conocer a una mujer tan subyugante, Earl Spencer corrió los más graves peligros, pero lo hizo sin miedo, hasta con alegría, porque, en todo momento, sabía que tenía al lado a

LA CHICA DEL CALENDARIO

¡La más intrigante novela surgida de la fecunda pluma de tan famoso escritor!

LA CHICA DEL CALENDARIO

Un tema intenso, humano, real y escrito con la prosa fluida y recia del autor de los grandes éxitos

COLECCION SERVICIO SECRETO

la ha seleccionado para publicar en su número de la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
766 — Amparo Lara
PREGUNTALE AL VIENTO

COLEC. "MADREPERLA"
662 — Jesús Navarro
ENTRE EL AMOR Y EL
DEBER

COLECCION "ROSAURA"
606 — María Adela Durango
AVENTURA EN LA NIEVE.

COLECCION "AMAPOLA"
493 — Carlos de Santander
CONFESION DE AMOR

COLECCION "ALONDRA"
427 — María Morgan
NOCHE DECISIVA

COLECCION "CAMELIA"
368 — Sergio Duval
TIERRA INDOMITA

COLECCION "CORAL"
44 — Corín Tellado
CORAZON TORTURADO

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
707 — Keith Luger
TRES CARAS TIENE
LA MUERTE

Col. "SERVICIO SECRETO"
571 — Mikky Roberts
INTRIGA DIABOLICA

COLECCION "BUFALO"
404 — A. Rolcest
MAGOS DEL "COLT"

COLECCION "TEXAS"
272 — Orland Garr
ESPIRITU DE LUCHA

COLECCION "CALIFORNIA"
251 — Tex Taylor
SANGRE EN SU DESTINO

COLECCION "COLORADO"
196 — M. Lafuente Estefanía
LA DANZA DEL "COLT"

COLECCION "KANSAS"
162 — M. Lafuente Estefanía
GUARIDA DE PISTOLEROS

Col. "HEROES DEL OESTE"
144 — M. Lafuente Estefanía
VENGANZA TEJANA

COL. "ASES DEL OESTE"
114 — Silver Kane
MANO MUERTA

COLEC. "BRAVO OESTE"
26 — Alf. Regaldie
EL PRECIO DE UN
VALIENTE

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

3
**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCION!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PAGINAS
MAS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCION

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6 TAS

EDITORIAL BRUGUERA, C.

¡Extraordinaria!

**LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA**

temas

**CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.**

**100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS**

**250 ilustraciones
en cada volumen**

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS



**CUALQUIER
MOMENTO ES
BUENO...**



...PARA LEER
El DDT

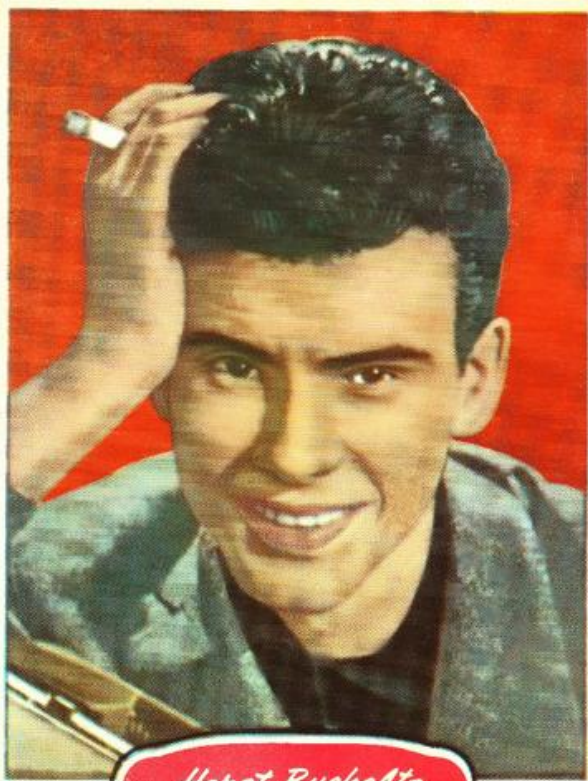
**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2'50 PTS.

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Iztacelhuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Horst Buchholz

N.º 1339

Joven valor alemán, que tras lograr el triunfo en su patria con «Robinson», al lado de Romy Schneider, pasó a los platós ingleses en donde ha interpretado «La bahía del tigre». En la actualidad trabaja para Hollywood.



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain